

La Ilustración Artística



Año XXX

BARCELONA 3 DE ABRIL DE 1911

Núm. 1.527



BESOS INFANTILES,

cuadro de Eugenio Carriere (1849-1905), existente en el Museo de Artes Decorativas de París

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán.—*La eterna historia*, por José Amich Bert.—*París. Inauguración de dos salas en el Museo Carnavalet.*—*Roma. Inauguración de las fiestas del cincuentenario de la unidad italiana.*—*Barcelona. Fiesta a bordo del «Carlos V.»*—*Besos infantiles.*—*El Domingo de Ramos en Brianza.*—*Nueva proeza del aviador Breguet.*—*El proceso Larcier* (novela).—*D. José Batlle y Ordóñez*, por G. Papini.—*Raid hípico.*

Grabados.—*Besos infantiles*, cuadro de E. Carriere.—*Dibujo de Cutanda.*—*El globo aerostático*, cuadro de María L. Gow.—*Los habitantes de Alcey proclamando a San Marcos patrón de la Villa*, cuadro mural de F. Cabrera.—*El Domingo de Ramos*, dibujo de R. Pelegrini.—*París. Inauguración de los salones en el Museo Carnavalet* (tres fotografías).—*Roma. Inauguración de las fiestas del cincuentenario de la unidad italiana* (dos vistas).—*Estatuilla retrato*, obra de R. Tautenhayn.—*Figura sepulcral*, obra de J. Hinterseher.—*La Virgen en casa de Juan*, cuadro de J. Martinetti.—*Las hijas del preso*, cuadro de J. García y Ramos.—*Fiesta a bordo del «Carlos V.»*—*Báculo de marfil.*—*El aviador Breguet.*—*Montevideo. Mitin en homenaje al Sr. Ordóñez.*—*El teniente Villegaret.*—*La reina de las reinas.*—*Natoma.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Leéis la sección de anuncios de los periódicos? Yo sí, y á veces encuentro en ella muy curiosas revelaciones acerca de las costumbres. Una de las secciones anunciadoras preferidas por mí, es la que se refiere á ofrecimientos y peticiones de trabajo.

La comparación entre un gran diario de la Argentina, que recibo, y el *A B C* de Madrid, es en este particular extremadamente demostrativa, y señala claramente la diferencia entre dos tipos de civilización.

Los anuncios de la Argentina son categóricos y sin falsa vergüenza.

Cocinera formal, se ofrece.—Cocinera alemana, que sabe su obligación.—Lavandera, se ofrece.—Mucama española, sabe lavar y zurcir bien...—En esto no cabe duda. Trátase de un trabajador, que se busca el pan á cambio de servicios concretos. Leed, ahora, los anuncios españoles.

Señora, se ofrece para acompañar señoritas.—Señora de buena familia, desearía entrar de ama de llaves ó ama de gobierno de una buena casa.—Señora, que conoce la dirección de una casa, aceptaría gobernar la de señora sola, caballero ó sacerdote.—Señora, se ofrece para cuidar de un niño ó señorita.—Señora, acompañaría señoritas á paseo...—*Y sic de ceteris...* Entre tanto señorío, ¿dónde están los servidores? No los veo por ninguna parte.

Me recuerda este método tan típico, por la pretensión que revela á no perder la hidalguía en medio de la indispensable necesidad de buscarse el garbanzo, el caso que sucedió á una dama de la más alta aristocracia, que necesitaba doncella y á quien se le presentó una aspirante al puesto. «Yo—dijo la pretendiente—quisiera no comer á la mesa del servicio... Yo quisiera hacer tan sólo ciertas y determinadas labores... Yo no puedo ir á recados... Yo necesito que me traten de un modo especial... Yo tengo mucha delicadeza...» Y la dama, sonriendo, respondió: «¡Vamos, vamos! ¡Lo que usted viene á pretender, es el puesto de señora! Pero ése está ya ocupado...»

Algo semejante me ocurrió á mí hace tiempo. Me recomendaron á «una señora y dos señoritas» que, por haber quedado sin colocación el jefe de la familia, empleado modestísimo, resolvían dedicarse á algún trabajo remunerado. Recibí á las solicitantes, que venían muy emperifolladas. En especial, las dos niñas, hechas un figurín. Empezaron á manifestar su pensamiento, que era, naturalmente, el de proporcionarse un modo de vivir, pero sin renunciar, claro es, á los privilegios y decoro de su clase. Hube, naturalmente, de preguntarles cómo entendían poder realizar tan difícil combinación; y al punto salió á relucir lo de la «señora de compañía» y la «institutriz.»

—¿Institutriz?, repetí, un tanto sorprendida. ¿Tienen ustedes diploma?

—Pero..., ¿hace falta diploma?, dijeron atónitas.

—A lo menos, habrán ustedes estudiado para maestras... O sabrán idiomas, el francés, el inglés...

—No, eso no lo sabemos... Y como seguir carrera, no la hemos seguido... Somos unas señoritas de muy buena familia...

—Mis hijas, advirtió la madre, pueden alternar con lo mejorcito, tocante á educación...

—No digo lo contrario... Sólo que, como se trata de que desean ganar su vida, les indico lo que convendría que supiesen para ganarla en efecto. Si no han estudiado y no saben lenguas extranjeras, nadie las admitirá para institutrices.

—Verá usted... Si lo que deseábamos era alguna señorita, allá en Madrid, (que usted, conocerá miles), para acompañarla á paseo por las tardes. Siempre pagaría por el servicio sus veinte ó treinta duros, al mes, y ya con eso...

—De modo que ustedes se figuran...

—¡Vaya! Sabemos que esto depende de la recomendación de una persona bien relacionada, influyente, como usted.

—Y..., una hipótesis..., me atreví á insinuar. Supongan que no apareciesen esas señoritas que se están encerradas en su casa por falta de otra señorita que las acompañe á razón de un duro diario... Bueno, ya sabemos que hay un millón de las tales señoritas encerradas..., pero si casualmente no se encontrasen..., ¿qué, ¿no harían ustedes otro género de trabajo? ¿El..., la palabra se me atragantaba, el..., servicio doméstico, por ejemplo?

—Como somos unas señoritas...

—Como mis niñas se han criado en tan buenos pañales...

—Pero en fin, según el servicio que fuese, se arriesgó á lanzar la mayor. Pongo por caso: nosotras no vamos á descender á ser niñeras, ni muchachas de fregadero. Si hubiese, supongamos, una señora viuda, con intereses, que necesitase una persona para estar con ella y para dirigir la casa, dar la despensa y reñir á los criados..., ¿que son unos abandonados, ya se sabe!.. O si se nos indicase una señora muy rica, que necesitase primera doncella...

—Primera doncella..., exclamé como el que reflexiona. Entonces; ¿ustedes sabrán de peinar, de lavar y planchar primorosamente pañuelos de encaje, y lo mismo ropa blanca finísima, de preparar un té á la inglesa, de esas mil menudencias que á una primera doncella le corresponden?

Vi en sus caras profundo asombro...

—Peinar... No, peinar no... Nosotras tenemos peñadora para los días en que vamos al teatro... Pero aprenderíamos...

Las despaché con esas promesas vagas que hacemos á los que no hay medio de ilustrar, porque no les da la gana de enterarse y creen poder forzar el destino, y, al día siguiente, no me sorprendió oír de labios de la persona que me recomendaba á aquella familia, que había tenido que darles, urgentemente, cuatro pesetas para comer...

Y el caso se repite. Muy á menudo recibo cartas en que una «señora» me manifiesta que ha menester ganarse la subsistencia. ¿Por qué no empieza suprimiendo ese importuno señorío, que, como una valla, se interpone entre el puchero y la boca hambrienta? ¿Qué le importa á nadie que seamos ó no señores, cuando tenemos que acatar la dura ley de la necesidad y aplicar nuestras fuerzas á no morirnos de hambre?

Y el caso es que el achaque del señorío, en materia de servicio, consiste en servir bien...

Un amigo mío me dijo que proyectaba publicar un Manual del perfecto sirviente, y que ya poseía algunos apuntes, que tuvo á bien comunicarme. Los leí con gusto, hallando que no carecían de buen sentido y utilidad. Recuerdo algunas máximas, y la primera, hela aquí: «Jamás te acuerdes, mientras sirvas, de si has ocupado otra posición mejor en el mundo. Jamás lo digas. Procura sí, que se note en algo que te haga superior á tus compañeros; en mayor finura, en mayor inteligencia, en mayor dignidad; pero siempre dentro de tu actual condición.»

Los consejos á los servidores eran, algunos de ellos, aplicables á los amos también.

«Pon cada cosa en su sitio, para no hacer esperar cuando te la pidan.—No te fíes de nadie, porque la confianza no es lícita cuando tenemos que guardar intereses ajenos.—Acostúmbrate á la idea de que, lo mismo que has de comer todos los días, todos los días has de hacer la limpieza.—Persuádete de que el decir que tu amo no está en casa aunque esté y se le oiga hablar, no es mentira si te ha ordenado que no entre nadie.—Que haya manjares que te sepan mejor que un recado; no te comas ninguno, porque tú te lo comes, y al amo se le indigesta.—Aprende á distinguir á un sablista de un duque millonario, y á no acoger á los petardistas con amabilidad, mientras busas á las personas decentes.—Entérate de que lo mismo que hay personas que te agradan á ti, las hay que agradan á tu amo, y si varias te fastidian, á él le ocurre lo propio; y procura tratar bien á las primeras y ahuyentar á las segundas, sin cometer insolencias, pero con energía.—No emplees nunca el «usted» al dirigirte á tu amo; y menos aún el «ustez», que ya constituye grave desacato.—Habla en impersonal, invariablemente.—No des jamás á tus amos los buenos días, ni las buenas noches, ni les preguntes cómo están.—Acuérdete de que ni puedes recibir visitas tuyas, ni usar bigote, si eres varón, ni zapatillas, si eres hembra.—Tampoco debes usar, si eres hembra, peinetillas de estrás ó celuloide, ni peinados de rizos, ni toquillas, ni sortijas, ni cadenas, ni medallitas de dúblé. Tu traje negro, tu delantal blanquísimo, tu cuello ídem, tu calzado correcto, y librete Dios de perfumes y de jabones de patchulí, que encalabrinan.

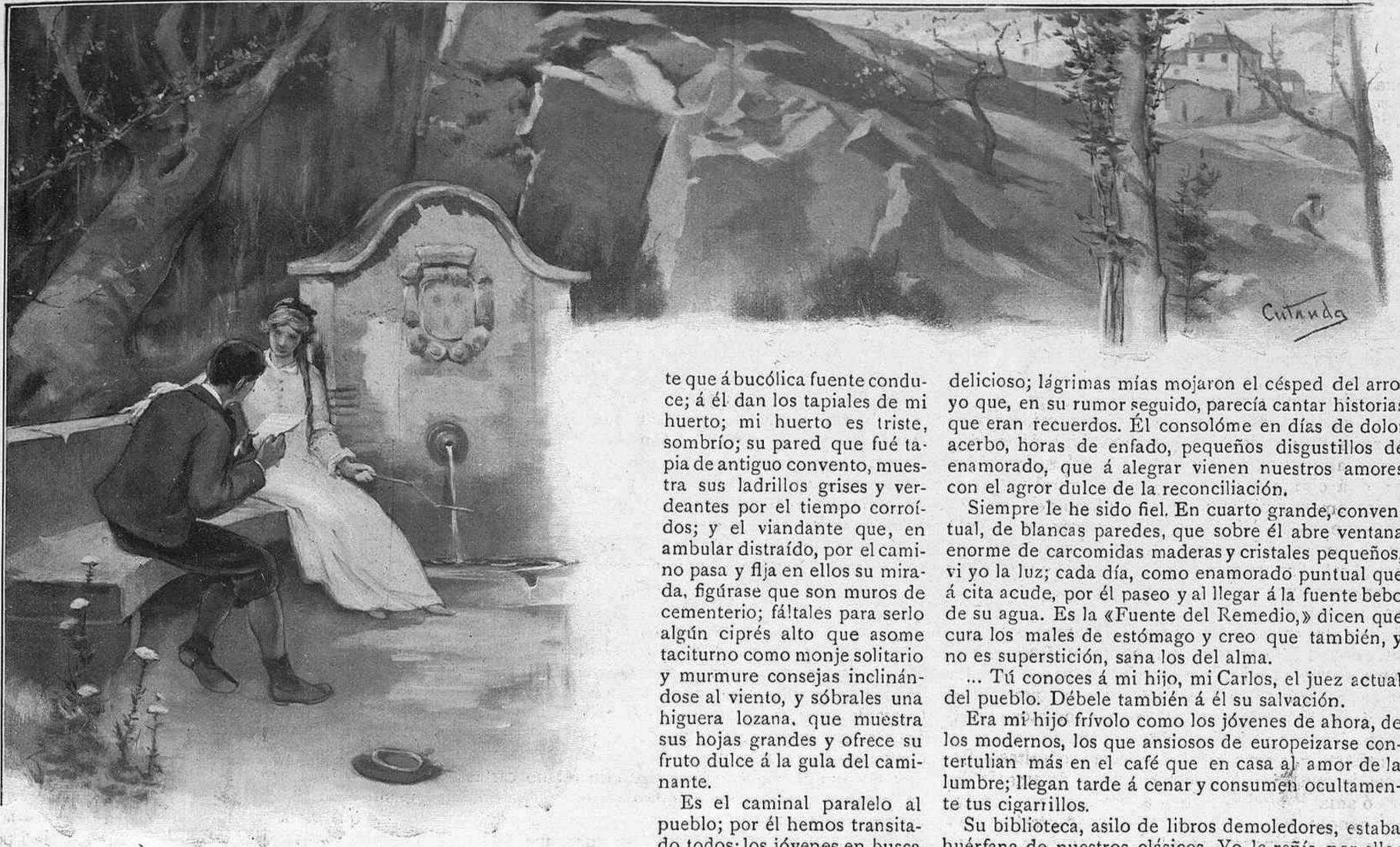
Si eres varón, no tienes derecho á oler á tabaco, ni á vino. Bebas ó fumes, á tu amo le basta con ignorarlo. Más valdría que disfrutases á escondidas de sus cigarros, que echarle un vaho apestoso de tagarina á la nariz.—Vale más, igualmente, que usufructúes su jabón, que enseñarle una uña negra al borde de una fuente, cuando le sirves la comida, ó de una bandeja en que le presentes una carta (ahora que se ha concluído la moda de los guantes de hilo para los sirvientes).—Usa reloj, porque el señor, por pereza de sacar el suyo, te preguntará muchas veces la hora.—No receles adelantar dinero para cuentas, si observas que el amo paga todas las tuyas; en caso contrario, declárate pobre de solemnidad.—No galantees á las doncellas de la casa, si es que te encuentras bien en ella.—Recuerda que las fábricas de gas y electricidad tienen la costumbre de presentar sus facturas, y sólo por esta pequeña circunstancia, evita dejar encendidas luces y estufas cuando los amos no las gozan.—No hables mal de tus amos; ese cuidado debes dejárselo á sus amigos: tú nada ganas con hacer una cosa que te es inútil y si se descubre, perjudicial. De la buena voluntad de tu amo depende en gran parte tu situación cómoda, tu mejor remuneración, tal vez una manda, tal vez un destino, para ti ó tus parientes. ¿Qué sacas en limpio de poner como hoja de perejil á los amos?—Si no estás contento en una casa, no rompas porcelanas buenas ni estropees muebles ricos, al objeto de que te despidan. Vete respetuosamente, declarando que lo lamentas, aunque no lo lamentes, y habrás ganado un amigo, tal vez un protector.—No te pongas á hurtadillas la ropa del amo, que siempre acaba por saberlo: procura en cambio, que su vanidad esté interesada en darte buena ropa.—No te vistas mejor para salir el domingo que para honrar á tus amos: si lo perciben, jamás te regalarán una prenda de ropa.—Cuando tus amos te den una orden en el sentido de algo que tú desees, haz con maña que la repitan: no vayan á olvidarse de que te la dieron, y supongan que tú la inventaste.—Cuando te hablen de un modo franco, tratándote como de igual á igual, no te apresures á situarte en el mismo terreno: permanece en el tuyo, que es el modo de que nadie te pueda nunca llamar al orden.—No faltes jamás á tus amos, no por ellos, sino por ti, pues es la única manera de que si son contigo injustos, toda protesta te sea lícita.—Si tu amo se deja puestas las llaves del armario, y en la casa hay más criados, no se te ocurra, por falsa suspicacia, dejarlas allí: cierra y recoge, y entrega cuando el señor llegue: en el servicio doméstico, lo mismo que en todo, hay responsabilidades que es preciso aceptar.—Las chimeneas y estufas tienen por objeto calentar las habitaciones; no lo olvides, y no esperes, para encenderlas, á que tu amo llegue y experimente una impresión de frío; la sensación de calor, ya tardía, no le hará olvidar la primer molestia: hay que saber encender y apagar con oportunidad.—Hazte cargo de que, en gran parte, depende de ti la felicidad de tu amo.—Hazte cargo de que también depende en cierto modo su honra.—No veas en el amo al enemigo: el modo de vivir bien es rodearse de amigos: si un amo te parece enemigo, sal de su casa: corréis peligro él y tú.—No olvides que eres libre: puedes, á cada momento, dejar la casa en que sirves; esto te quita todos los derechos de represalia que tienen por ley natural el cautivo y el esclavo.—Acuérdete de que, si á tu amo le conviene que te adiestres en el servicio, á ti te conviene más todavía: en tu clase hay clases: cuanto más aprendas, vales más, en salario y en consideración.»

Cuando mi amigo me preguntaba mi parecer sobre estas máximas y otras que ya no tengo presentes, solía contestarle:

—Muy bien está todo ello, pero supone que los sirvientes son capaces de entender tanta moraleja... Yo creo más en su inconsciencia que en su malicia. Claro es que hay de todo, pero dominan la torpeza, la pereza, la carencia de nociones educativas, y esa especie de indiferentismo ante el mañana, que les perjudica á ellos, sin dejar de dañarnos bastante á nosotros. La enfermedad que más aqueja á los sirvientes, es justamente la imprevisión; se divierten cuanto pueden y gastan su soldada en fruslerías inútiles; por imprevisión, no adelantan un paso en la técnica de su oficio. Desearían mejores sueldos, y no aciertan á ganarlos; quisieran adelantar en provecho, y son, generalmente, incapaces de adelantar en habilidad y arte para hacerse gratos é indispensables donde sirven, y hasta para facilitar su mismo trabajo. Extrañará el caso y es cierto: los sirvientes, por lo regular, no economizan tanto los puños como la inteligencia... Y este problema del servicio, lo mismo que los restantes, acaso sea, en su terreno, un problema cultural.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA ETERNA HISTORIA, CUENTO POR JOSÉ AMICH BERT



Fué en la fuente apacible donde le leí mi primer verso

El buen amigo, camarada antiguo, viejo goyesco de donjuanesca cara, andar elegante y despejada frente, terminó su cuento. Era su cuento anecdota mundana vulgar y frívola, historia artificial de un sucedido a la luz de arco voltaico. Al terminar su narración de donaire llena, salpicada con flores de humorismo, como dicha siguiendo cánones del cronista a la moda, miróns con ojos ávidos de sorpresas, creyó ver en mí, su antiguo condiscípulo, cara de envidia y en mi pobre compañera, mi vieja esposa, mujer de gustos rancios, que parecía pedir para su cabeza blanca, cofia rizada y para su falda negra, amplio miriñaque, un gesto de repulsión como el de beata antigua que muestra presurosa su marrullería al oír tanta amoroso.

Quedamos nosotros tranquilos; al llegar a la gran ciudad, ciudad en fiestas, dispusimos nuestro espíritu provinciano—espíritu quieto, apocado, primitivo, que se asusta ante lo anormal, respeta lo antiguo y adora la leyenda,—a abrir ampliamente las puertas de la tolerancia.

—También tengo yo, díjeme a mi amigo, en el libro de mis memorias, mi eucologio sagrado, aventuras apacibles como notas dormidas, con entonación de sonata pastoril, tranquilidad de égloga, rumores de fronda y frescura de ribera; quizá parezcan a tu espíritu moderno y cosmopolita un poco anticuadas, un tanto cursis, con poca alma y en exceso sencillas, más propias para ser narradas en sombra apacible de claustro dormido, bajo el beso de luna clara, donde la voz confúndese con el eco para que lleguen más fuertes al alma las palabras.

Aquí, en la avenida larga, de luces llena, por coches cruzada, entre voces y gritos hirsutos como pelambre de fiera asustada, no hallarás el sabor arcaico de mi narración; pero cuando cansado de la vida bullanguera de todo hastiadora vengas a mi rincón en busca de paz, encontrarás en el abrazo del buen amigo que vive entre salmodias de ángelus y trisagios, el consuelo grato que, para todas las almas doloridas, guarda la madre naturaleza.

Y allá va mi aventura a lo que es tal y sí recuerdo: pues dícese aventura a lo que el azar trae en algarrabía loca y mis impresiones son reglamentadas, necesarias, naturales en todo el que habita casa silenciosa bajo la protección de campanario tranquilo de un solo esquilón.

Es mi casa llanante con camino oculto, camino

a recordar sucedidos y alegrar la pesadez de nuestra memoria con impresiones plácidas.

¡Cuántas veces he llorado en aquel camino!..

De pequeño, escolar aún, en él fumé mi primer cigarrillo; un compañero algo mayor más pícaro y más decidido, trájomelo a casa. Bajamos al jardín, encendimoslo tras el baluarte de verde enredadera, la tutela de la madreleña en flor parecían poco protectora; por puerta pequeña, que se quejó herrumbrosa, salimos al camino y entre chupetones de delicia ficticia quedó hecho ceniza nuestro primer delito. Al entrar en casa lo hicimos mareados; la fruta verde se llevó la culpa.

Este mi compañero de clase, truhán incipiente, mi guía en lances de juventud; él acalló mis temores y deshizo mis recelos.

En aquel camino, que es vereda de amor, llamado «Paseo de Enamorados,» la conocí..

Al llegar la narración a este punto ruborízase mi compañera, el amigo ciudadano no lo nota, escucha mi narración y parece interesarse. Es extrañal. Aquella mañana vile hojear revista de actualidad y pasó por alto las hojas de poesía...

... También ella conocióme en el tal paseo. Juntos, en edad temprana, jugado habíamos en la plaza polvorienta, y en noches de luna, formando corro con nuestros compañeros de niñez, entonábamos canciones infantiles:

Luna, lunera
Cascabelera.
Los ojos azules
La cara morena...

Al encontrarnos aquel día en el caminal nos tratamos de usted. Seguimos respetándonos mucho tiempo. Y yo, cada día, era portador de billete amoroso, poesías a ella laudatorias. Mi ingenio, tan muerto ahora, era entonces lozano como rosas tempranero. Fué en la fuente apacible, de sombras llena, al compás del agua cristalina que caía rumorosa, donde le leí mi primer verso. Titulábase «Egloga,» era su comienzo así:

«Como el agua que argentina murmura...»

Ella lo encontró delicioso—¿verdad?—yo lo creí; por algo aquel año había tenido sobresaliente en Retórica.

También fué testigo de mis disgustos el camino

delicioso; lágrimas mías mojaron el césped del arroyo que, en su rumor seguido, parecía cantar historias que eran recuerdos. Él consolóme en días de dolor acerbo, horas de enfado, pequeños disgustillos de enamorado, que a alegrar vienen nuestros amores con el agror dulce de la reconciliación.

Siempre le he sido fiel. En cuarto grande, conventual, de blancas paredes, que sobre él abre ventana enorme de carcomidas maderas y cristales pequeños, vi yo la luz; cada día, como enamorado puntual que a cita acude, por él paseo y al llegar a la fuente bebo de su agua. Es la «Fuente del Remedio,» dicen que cura los males de estómago y creo que también, y no es superstición, sana los del alma.

... Tú conoces a mi hijo, mi Carlos, el juez actual del pueblo. Débele también a él su salvación. Era mi hijo frívolo como los jóvenes de ahora, de los modernos, los que ansiosos de europeizarse contentulian más en el café que en casa al amor de la lumbre; llegan tarde a cenar y consumen ocultamente tus cigarrillos.

Su biblioteca, asilo de libros demoleadores, estaba huérfana de nuestros clásicos. Yo le reñía por ello; él me sonreía escéptico y me contemplaba con mirar misericordioso, despreciativo casi, y yo—pobre de espíritu como todos los padrazos,—llegué a figurarme ser el equivocado y el quien iba por buen camino. Díjole por escribir. Fueron sus escritos, para mí, enigmas indescifrables; llenos todos de frases nuevas, exóticas, semejaban algarabía lingüística en mente de un loco filósofo.

Nunca le vi leer una poesía. Yo también por esto le recriminaba, y él también reía... Un día azul, alegre, de primavera, privéle su tertulia de café. Encasquetándome el sombrero patriarcal de anchas alas, bajamos al huerto, por la pequeña puerta de goznes herrumbrosos salimos al camino y siguiendo su vereda de sombra llegamos a la fuente. Y ante la fuente encontramos amigos que se asombraron por la presencia del rebelde. Carlos con cara hosca revolvimos saludos indiferentes. Había su aena morena y locuaz... Mi hijo cayó. Era natural. El camino de los amores y la fuente de los viejos no han fallado nunca. Al poco tiempo, revolviendo papeles y obras filosóficas de mi hijo, hallé una cuartilla chiquita, escrita con letra menuda, íntima, como para ser leída en voz baja junto a oído de amada. «Egloga» era su título; también como en la mía hablaba de:

«El agua que argentina murmura...»

Mi mujer, al leerla, lloró, y perlas de nuestros ojos orlaron la poesía...

Y aquí tienes, mi buen amigo, el pequeño cuento que para ti será cosa frívola y no comprenderás, tú que te has hecho viejo sin amar, cómo una andanza insignificante llena una gran página de mi vida.

El pobre viejo que escuchó atento, dibujó en sus labios mueca de escéptico y calló. Creí que en su hablar irónico encontrara una frase con que mortificar mi natural apocado; también mi compañera notó su silencio. Como tres sombras vivientes, tropezando con la gente que llenaba la calle, seguimos nuestra caminata aburrida por las avenidas monótonas de la gran ciudad.

Era tarde y nos despedimos. Al hacerlo y darnos abrazo de amistad, rogóme el compañero que fuese a su casa. Amistad, hogóme.

Quedó sola mi vieja pensando en la andanza que me cabría teniendo por compañero tal amigo narrador de historias amargas. Creyóme héroe de aventuras no en armonía con mis años. Según me dijo al regresar, no durmió esperando mi retorno, con la impetuosidad de amada impaciente.

C. G. G.

Habitaba, mi amigo, en severo hotel con lacayos, de librea elegante vestidos, en la escalinata. Pregunté por él y me condujeron á su cuarto—cuarto elegante y triste de solterón sin frivolidades reveladoras de mano femenina.—Junto á pequeña mesa, su frente apoyada en montón de papeles viejos, le hallé llorando. Sin decirme nada me abrazó. Vi revivir en él algo no vivido aún. El célibe eterno, enamorado del bullicio, parecía pedir luz, tranquilidad, aire fresco para sus sienes calenturientas.

—Me voy, decía con apagado acento, mañana me voy contigo. Quiero vivir, aun estoy á tiempo. Has sido tú el mensajero que llamaste á las puertas de mi dormido corazón. Todos hemos tenido un algo que nos ha dejado huella imperecedera y que al menor recuerdo renace impetuoso...

Consolé á mi amigo. Hasta entonces le creía escéptico. Fué compañero íntimo de Universidad. Convivimos los años de carrera saturados de nobles impresiones; luego nos separamos. Quedó él en la baranda de la gran ciudad y yo me alejé á mi tranquilo rincón provinciano. Fué su vida camino de triunfos; por la prensa llegaban siempre á mi casuca tranquila noticias de sus éxitos como abogado; yo,

sin asomo de envidia, le felicitaba por ellos. Era nuestra amistad planta parásita en nuestras almas que fué adquiriendo profundo arraigo. No de ami-

Al marchar dióme un sobre pequeño, perfumado y repetía como oración salvadora:

—Mañana nos vamos, mañana nos vamos.

Con el ansia de gozar una nueva ignorada, llegué á casa y con amor y respeto de reliquia venerada mostré á mi vieja el sobre. Atado estaba con cinta rosa por la polilla comida; bajo ella un clavel en esqueleto mostraba sus pétalos, secos á fuerza de besos, que parecían gemir bajo la presión de la ajada ligadura.

Rompimos el sobre. Juntos, palpitantes de emoción, leímos. También era menuda la letra del escrito y en él se hablaba de:

«Amores, flores y aguas cristalinas...»

Era el cuento de la vereda del Amor. Hay en todas las almas, humildes y grandes, un recuerdo juvenil que huele á flores y á cantos

sonoros. En todas las almas queda un rincón riente que es «Fuente del Remedio.»

—No pudo reír de tu relato, decía mi vieja; es un trozo de su vida, de la vida de todos. Es la historia de Amor. La eterna historia.

(Dibujo de Cutanda.)

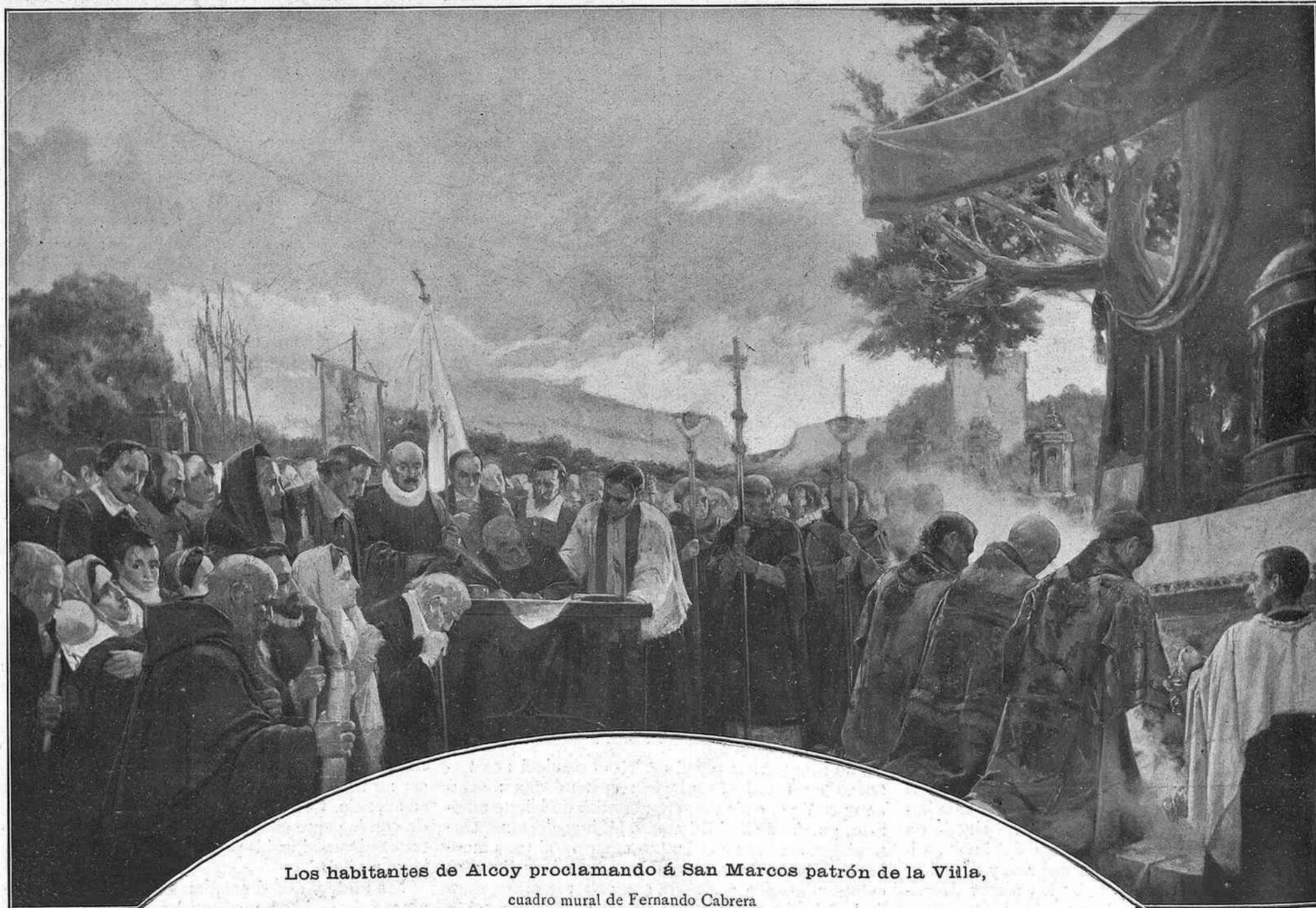


El globo aerostático, acuarela de María L. Gow. (Museo Wálker, de Liverpool.)

gos, de hermanos tratábamonos y al hacerlo sentíamos orgullo mutuo.

... En la tranquilidad de la habitación severa oíase su respirar fatigoso cortado con hipo de llanto.

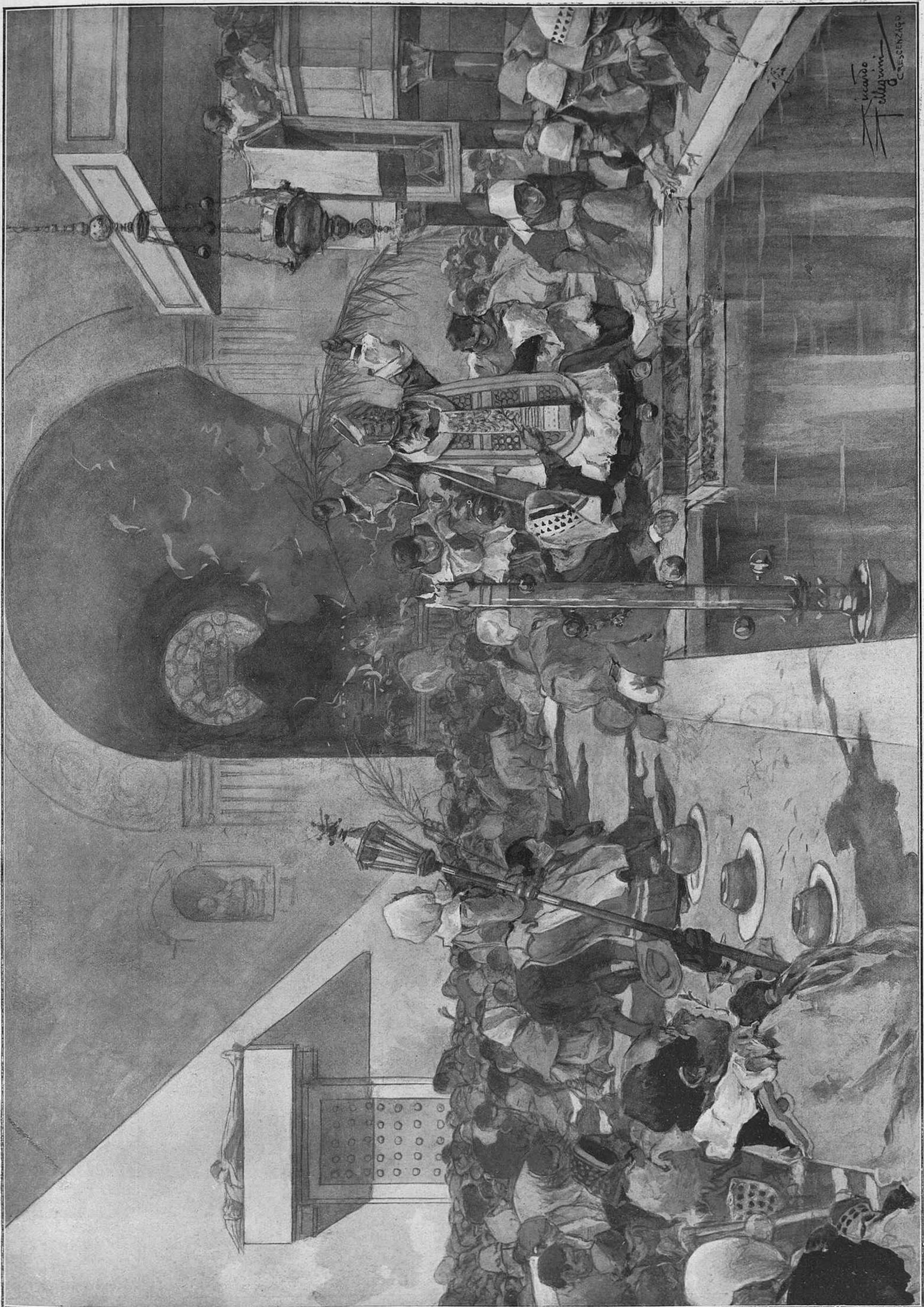
—También yo, me dijo, he querido. Soy escéptico por remedio. Yo no tengo, como tú, ni camino verde, ni fuente bucólica, ni campana que á oración me llame.



Los habitantes de Alcoy proclamando á San Marcos patrón de la Villa, cuadro mural de Fernando Cabrera

A mediados del siglo XVIII fué casi destruída por una serie de violentos terremotos la pintoresca villa de Alcoy, viéndose obligados sus habitantes á acampar en los alrededores, levantando un altar al aire libre en donde depositaron las Sagradas Imágenes. El cuadro mural que acaba de ejecutar el laureado artista Sr. Cabrera, representa el voto pronunciado por todo el pueblo, ofreciendo construir una suntuosa iglesia dedicada á San Marcos, proclamado patrón de la Villa, si cesaban las calamidades que la afligían.

El gran cuadro que reproducimos forma parte de la serie que se confió á nuestro distinguido amigo, algunos de los cuales nos ha cabido la suerte de dar á conocer á nuestros lectores.



COSTUMBRES DE BRIANZA (LOMBARDÍA).—EL DOMINGO DE RAMOS, dibujo de Ricardo Pellegrini. (Véase página 230.)

PARÍS.—INAUGURACIÓN DE DOS SALAS EN EL MUSEO CARNAVALET



Sala que contiene los «Recuerdos de la Revolución.» (De fotografía de M. Rol.)

El Museo Carnavalet, con razón llamado «el relicario de París,» ha aumentado sus numerosas e interesantísimas instalaciones con dos nuevas salas en las que se hallan expuestos los objetos adquiridos recientemente por donativos, legados ó compras.

En una de ellas, situada en la planta baja, se ven, entre otras cosas, tres planos en relieve de Foulley, *La plaza de Greve en 31 de julio de 1830*, *El atentado de Fieschi*, *La muerte del duque de Orleans*, regalados por los Inválidos; la cuna del príncipe imperial ofrecida en 1856 por la ciudad de París al heredero de Napoleón III y cedida al museo por la emperatriz Eugenia; varios cuadros de París y un magnífico manto de la orden de San Miguel, bordado en relieve, donativo del barón Edmundo de Rothschild.

En la otra sala, la del primer piso, hállanse reunidos los legados y donativos de las señoras de Francisque y de Sthys de Corny, y de los Sres. Fabre de Larche, Derville, Maciet, Grünwald, Doucet, Caín, Blavot y Dr. Pedro Marie. Lo que llama más poderosamente la atención en esa sala son: los *Recuerdos de la época revolucionaria*, procedentes del legado Fabre de Larche y que contienen, entre otros, cien bellísimas miniaturas; una colección de preciosos abanicos antiguos, de la señora de Francisque; una mascarilla de cera de Robespierre; multitud de documentos, retratos y paisajes, entre ellos los retratos de Bailly, Buzot, Prud'hon y Leonora Duplay, y los cuadros *La portera del Temple*, de Demachy, y *Vista del palacio de Saint-Cloud*, de Troyón.

Pero la parte más interesante de esta sección la constituyen los *Recuerdos de la detención de la familia real en el Temple*: la cama de madama Isabel, la mesita-tocador de María Antonieta, un cuello de

encaje negro de la infortunada reina, el juego de lotería del Delfín, un traje de éste, de rayas lilas y blancas, y otras muchas reliquias íntimamente relacionadas con los tristes días del cautiverio de Luis XVI y de los suyos.

Para ir desde la sala de la planta baja a la del primer piso se ha construido una elegante escalera, obra del eminente arquitecto Fauchard, cuyas paredes ostentan las hermosas pinturas murales de los Brunetti que en otro tiempo decoraban la escalera de honor del palacio de Luynes. Cuando, hace algunos años, fué demolido este palacio, las piedras que pintaran aquellos artistas fueron depositadas en los subterráneos del Museo Galliera; de allí las ha sacado el ilustre conservador de las colecciones históricas Jorge Caín, para darles en el Museo Carnavalet el puesto digno que les correspondía. La operación de montar esas piedras ha sido, como se comprenderá, en extremo difícil y ha durado diez y ocho meses. El Sr. Chouanard, á quien se confió la restaura-

acción del tiempo; además los había de todas formas y dimensiones. El primer cuidado del restaurador fué disponer en un plano horizontal las piedras en su sitio normal y en un nivel riguroso; ocioso es ponderar las dificultades que ofrecía aquel rompecabezas gigantesco y que á fuerza de paciencia y de ingenio supo vencer el Sr. Chouanard. Una vez resuelta esta primera parte, en la que las piedras quedaban separadas unas de otras por espacios vacíos, había que proceder á la operación de levantar verticalmente el conjunto, sin que aquéllas perdieran su posición, y fijarlas en la pared de ladrillo de la escalera; también esta operación difícilísima se llevó á cabo con el mayor éxito merced á un ingenioso procedimiento ideado por un amoldador italiano, el Sr. Tosti. Cuando todos los bloques estuvieron definitivamente en su sitio, el Sr. Chouanard procedió á la restauración de la pintura, haciendo aparecer por medio de la-



Mascarilla en cera de Robespierre, sacada después de la ejecución de éste. (Fotografía Delius.)



Instalación de «Recuerdos de la detención de la familia real en el Temple.» (De fotografía de M. Rol.)

ción, se encontró con 516 bloques reunidos sin orden alguno y los más de ellos deteriorados por la

vados lo que había velado el tiempo y pintando luego las partes blancas, los intersticios entre las piedras que habían sido rellenados con staff.

La inauguración de las nuevas salas se efectuó el día 24 del mes próximo pasado con asistencia del presidente de la República y de su esposa, á quienes recibieron el ministro de Instrucción pública, el secretario de Estado de las Bellas Artes, el prefecto del Sena y otras distinguidas personalidades. El presidente del Consejo Municipal Sr. Bellán dió, en nombre de la ciudad de París, las gracias al Sr. Fallieres por haber honrado aquel acto con su presencia, y el presidente contestó con un discurso felicitando al Consejo Municipal, al prefecto del Sena y al Sr. Caín, y expresando su gratitud á los generosos donantes.—S.

ROMA.—INAUGURACIÓN DE LAS FIESTAS DEL CINCUENTENARIO DE LA UNIDAD ITALIANA



Aspecto de la plaza del Capitolio durante la sesión inaugural de los festejos del cincuentenario

Con grandísima pompa inauguráronse el 27 de marzo último en Roma los festejos con que Italia conmemora el cincuentenario de su unidad y de la fundación del reino.

La ceremonia se efectuó en el Capitolio, cuyos tres históricos palacios, el Senatorio, el de los Conservatori y el de los Museos, estaban espléndidamente adornados con tapices antiguos colgados de los balcones. En las entradas, habíanse dispuesto elegantes doseles de terciopelo encarnado con franjas de oro.

El gran salón senatorial en donde tuvo lugar el acto inaugural ofrecía un hermoso golpe de vista: en el fondo, el trono real; á los lados, las banderas de la ciudad de Roma y de sus catorce distritos, y encima del trono, el busto en mármol de Víctor Manuel II y los de Mazzini, Cavour y Garibaldi.

A las nueve comenzaron á llegar los invitados y á las diez en punto la histórica campana de la torre del Capitolio, la Patarina, anunció que los soberanos habían salido del Quirinal. El alcalde Sr. Nathán, acompañado de sus adjuntos, de los consejeros municipales, del presidente del Senado, del presidente de la Cámara, de los delegados del parlamento y de los miembros del gobierno, salió á recibir á los reyes á la puerta del palacio de los Museos; algunos minutos después llegaba la comitiva regia, siendo saludada á los acordes de las trompetas de plata de los coraceros y del Himno Real ejecutado por la banda municipal.

Los reyes, rodeados de su corte, después de reci-

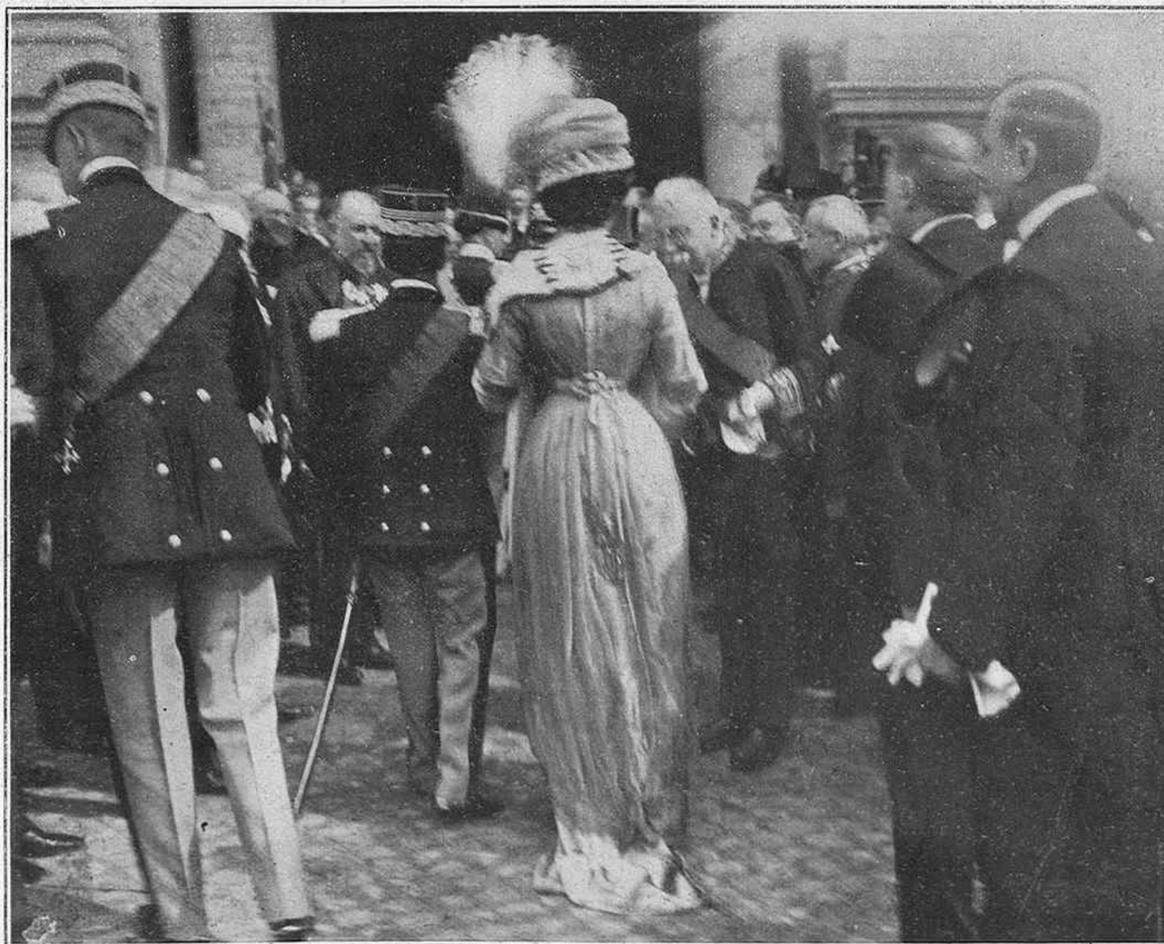
bir el saludo de las autoridades, atravesaron el vestibulo del palacio y por la escalera monumental se dirigieron á la galería de las estatuas y pasando por la sala llamada del Gladiador moribundo, penetraron en el salón y ocuparon el trono, entre los aplausos y las aclamaciones entusiastas de los concurrentes.

El rey pronunció un elocuente discurso. Comenzó saludando á todas las altas representaciones asistentes á la ceremonia; recordó los períodos tristes de la

ción de un pueblo libre y celoso de sus derechos; encomió la obra de los «padres redentores de la patria,» obra no menos grande que la de las dos épocas precedentes de la historia romana; hizo un parangón entre la Roma antigua y la Roma moderna, señalando su respectiva significación histórica, y terminó con el siguiente párrafo:

«Italia, consagrada á la independencia de todos los pueblos, sabrá conservar la suya, que es la herencia de toda su historia antigua y reciente, y contribuirá con obras de paz al progreso universal, en la ascensión continua hacia un ideal cada vez más elevado. Y es digno de notarse que entre tantos emperadores, sólo subsiste en el monte abierto á los fastos consulares y á las instituciones romanas, el Capitolio, la imagen de Marco Aurelio saludando el triunfo, iluminado por la luz austera de la virtud estoica, imagen sagrada y propiciatoria del culto de la ley moral y civil que nuestra patria quiere guardar, confiada en el porvenir y segura de su prosperidad y de su gloria.»

Después de este discurso, interrumpido á cada párrafo por aplausos calurosos y saludado al final con una grandiosa ovación, usaron de la palabra los presidentes del Senado y de la Cámara y el alcalde de Roma Sr. Nathán, con lo que se dió por terminada la ceremonia, regresando los reyes al



Llegada de los reyes de Italia al Capitolio. (De fotografías de Carlos Abeniacar.)

historia de Italia en que ésta fué vencida y dominada y el formidable esfuerzo que se necesitó para elevarla desde aquel estado de postración á la condi-

Quirinal entre las entusiastas aclamaciones de la inmensa multitud que llenaba las calles del tránsito.—R.



Estatueta retrato, obra de Ricardo Tautenhayn

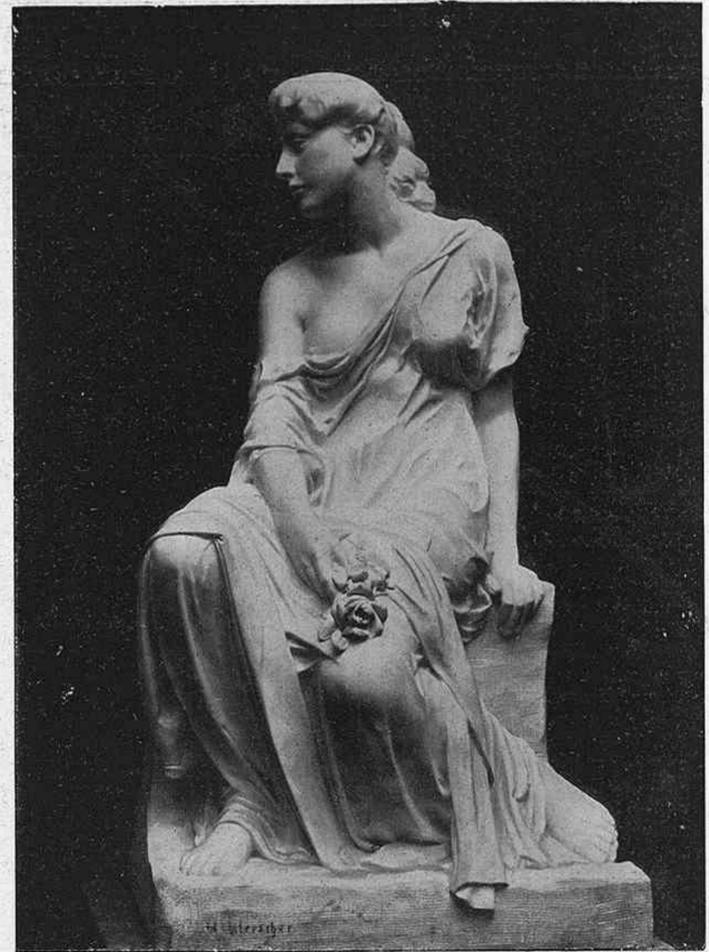
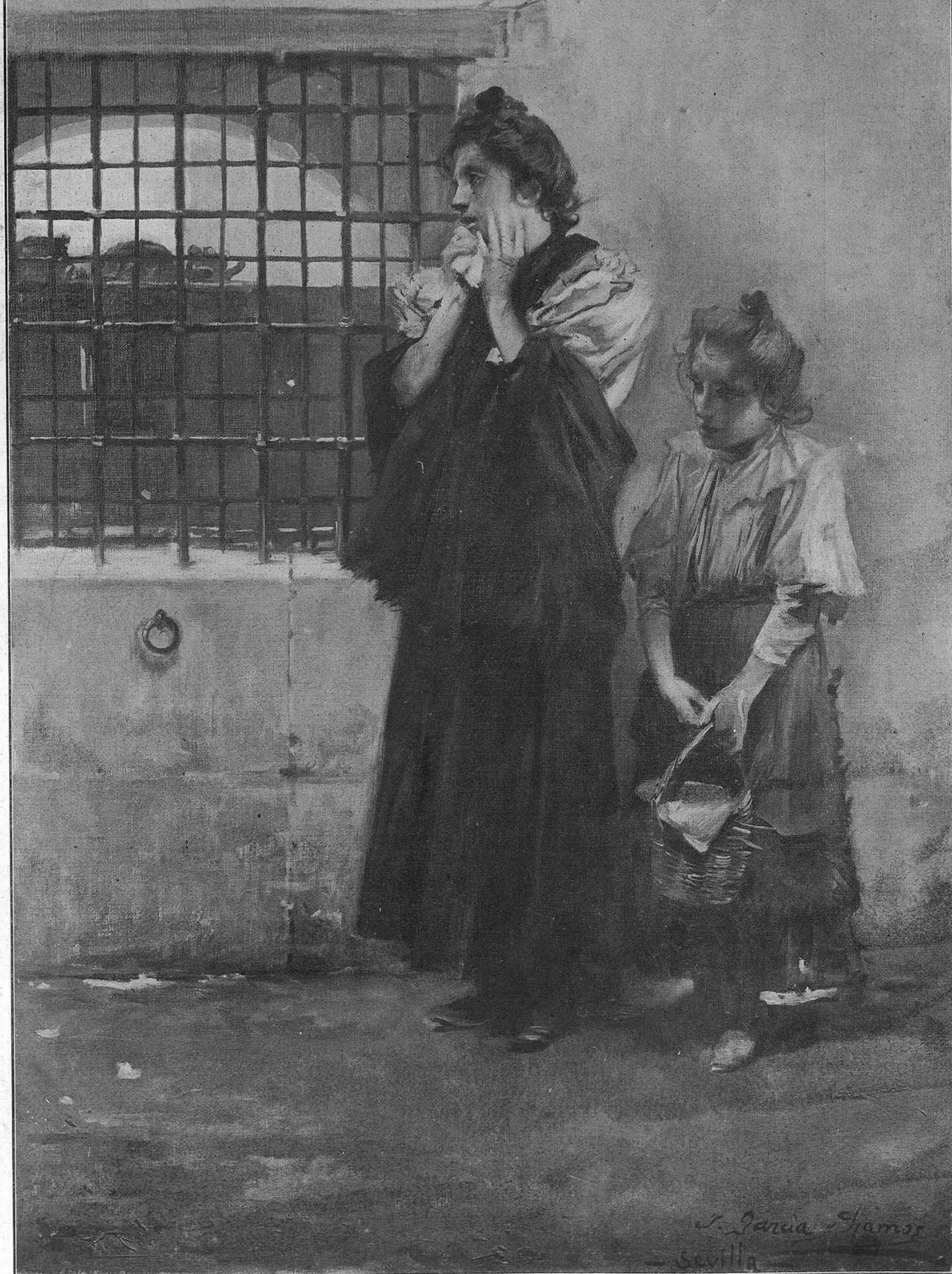


Figura sepulcral, obra de José Hinterseher



La Virgen en casa de Juan, cuadro de Jacobo Martinetti

Odia el delito,
Compadece al delincuente.



LAS HIJAS DEL PRESO, cuadro de J. García y Ramos

BARCELONA.—FIESTA Á BORDO DEL «CARLOS V»

Para corresponder á los obsequios de que han sido objeto durante su estancia en Barcelona los jefes y oficiales de la escuadra española de instrucción, el almirante Sr. Santaló dió una fiesta que se celebró á bordo del crucero *Carlos V* en la tarde del 25 de marzo último. Los invitados fueron conducidos al citado buque en las lanchas de los barcos que forman la escuadra, siendo recibidos al pie de la escalera por la oficialidad del mismo.

La cubierta del crucero, adornada con banderas é iluminada con profusión de bombillas eléctricas, ofrecía un hermoso golpe de vista.

Los invitados fueron obsequiados con un te admirablemente servido, quedando complacidos de la amabilidad con que los marinos hicieron los honores del buque.

La banda del *Carlos V* tocó varias piezas y el elemento joven pudo entregarse durante un buen rato al placer del baile.

Entre el almirante y el alcalde accidental Sr. Serrallera cruzáronse sentidas frases de salutación y agradecimiento.

BESOS INFANTILES

CUADRO DE E. CARRIERE

(Véase la página 221)

El pintor francés Carriere ha sido uno de los que con más intenso sentimiento ha pintado la vida del hogar; la mayoría de sus cuadros son, como el que reproducimos, escenas íntimas de niños agrupados en torno de su madre, explosiones de besos, de caricias y también de penas en el seno de la familia.

Una particularidad ofrecen los lienzos de ese artista, la ausencia de la figura del padre, como si quisiese indicar que la madre es la única y verdadera directora de sus hijos, la sola depositaria de sus ingenuas confidencias, la fuente de todo consuelo, el símbolo del amor más grande y más puro.

En el procedimiento, se observa la preocupación constante de Carriere de suprimir en sus composiciones todos los accesos á fin de que la atención se concentre exclusivamente en los puntos esenciales, aumentando con ello el valor de la obra.

agua tiene el poder de devolver la tranquilidad á las familias en cuyo seno reina la discordia.

Al salir de la iglesia, las personas que estaban reñidas se cambian las respectivas palmas y se entregan á conmovedoras manifestaciones de fraternidad y simpatía.

NUEVA PROEZA

DEL AVIADOR BREGUET

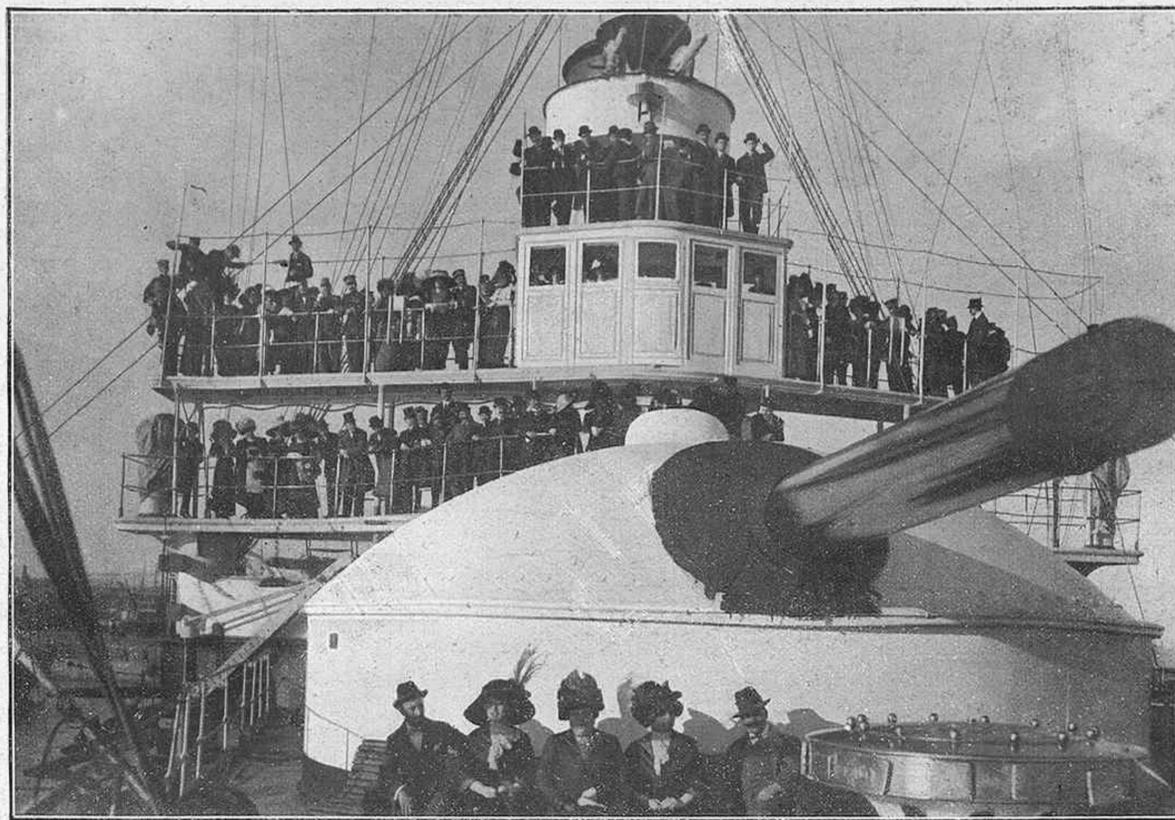
Hace pocos días el intrépido Breguet se elevaba en los aires llevando en su aparato siete pasajeros; esta hazaña, que parecía insuperable, fué sin embargo, superada al día siguiente por el mismo aviador que efectuó varios vuelos de un kilómetro, á una altura de unos veinte metros y á una velocidad de 93 kilómetros por hora con once pasajeros.

El peso de éstos y del aviador era de 633 kilogramos, el del aparato, de 550. De suerte que los que presenciaron esas pruebas en el aeródromo de Douai pudieron ver evolucionar en el aire un aeroplano con un peso total de 1.200 kilogramos aproximadamente.

Espectáculos.—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *L'oncle réctor*, comedia en dos actos de M. Folch y Torres, y *L'abella perduda*, diálogo dramático de Julio Vallmitjana; y en el Eldorado *Moneda corriente*, comedia en dos actos arreglo de un *vaudeville* francés.

En el Liceo ha dado tres conciertos el eminente violinista Franz von Vecsey, quien tocó de un modo magistral composiciones de Mendelssohn, Tartini, Spota, Dvorak, Viennowsky, Paganini, Vieuxtemps, Schubert, Hændel, Bach, Hubay, Bruch, Corelli, Chopin, Sarasate y Razzini.

En el Palau de la Música Catalana ha dado otros dos conciertos la Orquesta Sinfónica de Barcelona bajo la dirección del maestro Panzner, habiendo ejecutado en ellos obras de



Barcelona.—Fiesta dada en el «Carlos V» por el almirante de la escuadra en honor del Ayuntamiento y de la sociedad barcelonesa. (Fotografía de nuestro reportero Merletti.)

EL DOMINGO DE RAMOS EN BRIANZA

(Véanse la lámina de la página 225)

En varias ocasiones hemos publicado dibujos de nuestro colaborador, el distinguido artista italiano Ricardo Pellegrini, re-



El aviador Breguet elevando en su aeroplano á once pasajeros en el aeródromo de Douai (De fotografía de C. Delius.)

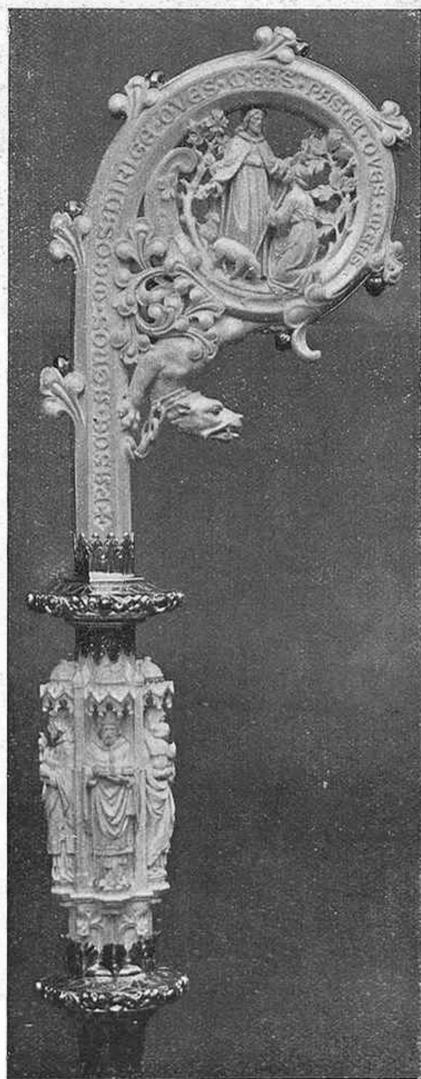
producciones de escenas típicas de la región lombarda, en las que se trataba de ritos extraños, de absurdas supersticiones, de fiestas extravagantes, ceremonias todas transmitidas desde remotos tiempos por la tradición á las generaciones actuales. En tales escenas predomina casi exclusivamente el elemento pintoresco, no hay en ellas un fondo moral, una idea elevada que se sobreponga, por su intensidad, á la forma. En cambio, la que hoy reproducimos nos muestra admirablemente aunados los dos elementos, de tal manera, que, si en lo externo nos encanta por su color local, en lo que atañe á su significación nos seduce por su poesía y por su sentido profundamente moral y religioso.

El Domingo de Ramos, el obispo celebra el oficio en la iglesia de Brianza; el pueblo le entrega una gran palma y después de bendecirla, el prelado la levanta con ambas manos junto á una vasta pila de agua bendita, mientras la multitud permanece arrodillada en torno suyo. El obispo pronuncia entonces con acento vigoroso estas palabras: «¡Paz á los que saben perdonar!; Perdonad al enemigo y abrazadle porque Dios exige que seáis hermanos!» A esta invocación responde el pueblo con gritos de «¡Paz!» y el celebrante arroja al agua la palma. Ocurre luego una escena singular: los fieles se acercan á la pila y mojan en ella sus palmas, y algunos el pañuelo ó el sombrero y las mujeres sus chales, pues es creencia que aquella

Gluck, Weber, Beethoven, Wágner, Strauss y Borodine, que valieron entusiastas ovaciones á la orquesta y á su renombrado director.

En el Liceo se representarán durante la próxima temporada de primavera tres ciclos de la tetralogía *El anillo del Niebelungo*, de Wágner, que alternarán con *Tristán é Isolda* y *Tannhäuser* del propio autor. La justa nombradía del director alemán Kehler, ya conocido de nuestro público, y de los principales artistas contratados, muchos de los cuales cantaron con gran éxito el año pasado en el mismo Liceo la tetralogía, permite afirmar que las representaciones de la colosal creación wagneriana serán un verdadero acontecimiento musical, como lo fueron las de la anterior primavera.

MADRID.—Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Real *El final de D. Alvaro*, drama lírico en un acto de Carlos Fernández Shaw, música de Conrado del Campo; en el Español *Año y criado*, refundición de la comedia de Francisco de P. Rojas *Donde hay agravios no hay celos*, hecho por D. Tomás Luceño, y *No hay burlas con el amor*, refundición de la comedia de Calderón hecha por D. Francisco F. Villegas; y en la Princesa *La cena de las burrias*, hermosa traducción en verso, de Ricardo J. Catarineu, del drama en cuatro actos de Sem Benelli *La cena delle beffe*.



Báculo de marfil esculpido por J. E. Taylerson según dibujo de J. A. Reeve. — Este báculo ha sido regalado por un particular al obispo de Salisbury (Inglaterra) para él y sus sucesores en la sede. Es de marfil y plata dorada y está adornado con piedras preciosas y esmaltes; la caña es de ébano. El grupo de la voluta representa á Jesucristo y San Pedro; las estatuitas que se ven en el nudo son las de la Santísima Virgen, de San Aldelmo, de San Osmundo y del obispo Poore fundador de la catedral.

EL PROCESO LARCIER (1)

NOVELA ORIGINAL DE TRISTÁN BERNARD. — ILUSTRADA POR SIMONT

I

Larcier y yo éramos sargentos de dragones, en Nancy. Yo concluía mis tres años, y Larcier, que

de una fiebre cerebral, dejándoles una pequeña fortuna que administraba uno de sus primos, un viejo que había sido notario en los Vosgos, y que vivía ahora en un arrabal de Toul.

atrevió á pedírselos, ni se atrevió tampoco á pedírselos á su madre. Afortunadamente, yo se los pude prestar. Mis padres, que vivían en Chalón del Saona, me enviaron esta suma en una libranza postal.



Pues ha pasado que su camarada de usted ha matado á su primo...

quería seguir la carrera militar, estaba á punto de reengancharse. Habíamos ascendido pronto, y esto no era fácil, sin embargo, en nuestro regimiento, porque había muchos reenganchados. Pero nosotros nos aprovechamos de que habían marchado varios á la vez.

No éramos muy amigos de los demás sargentos, que eran de otra generación, es decir, que tenían dos ó tres años más que nosotros, y como éstos eran tres años de servicio, equivalían á un abismo.

Algunos de ellos nos tenían tirria y acabaron por hacernos antipáticos á los demás. Aquella hostilidad que nos rodeaba era tanto más peligrosa cuanto que no nos preocupaba, y nada hacíamos para atenuarla. Larcier y yo nos bastábamos recíprocamente, y les demostrábamos con toda claridad que no necesitábamos de nadie. Como todos aquellos sargentos no tenían gran cosa que hacer, una vez terminadas las clases, y como pocos de ellos se preparaban para ingresar en la escuela de Saumur, el odio verdadero que nos tenían se había convertido para ellos en una especie de pasatiempo al que difícilmente hubiesen renunciado.

Larcier era del país; su familia vivía á diez leguas de allí. Un día me llevó á su casa, y conocí á su madre y á sus dos hermanos menores. Su padre había sido profesor en el liceo de Nancy, y había muerto

A su mayoría de edad, Roberto Larcier no había reclamado su cuenta de tutoría; le parecía preferible aplazar estas formalidades hasta la época de su reenganche. Continuaba recibiendo del viejo las sumas necesarias para su modesta vida de sargento.

Un encuentro que hicimos en nuestra guarnición cambió de un modo bastante súbito las condiciones de nuestra existencia.

Entre los reservistas que vinieron á prestar sus veintiocho días de servicio de instrucción, figuraban varios sargentos, uno de los cuales había sido compañero mío de colegio. Era hijo de un gran mercader de caballos de París, un buen muchacho, divertido y campechano, que sólo deseaba pasar alegremente su período de ejercicio. Había tomado un cuarto en la mejor fonda, y todas las noches nos reunía á cinco ó seis. Bebíamos, jugábamos al bacará... Había otros jóvenes de París: el hijo de un agente de cambio, un periodista, un comerciante en bronce... Todos estos jóvenes tenían dinero, llevaban encima cantidades de alguna importancia y eran bastante jugadores.

Yo, que siempre he tenido horror al juego, permanecía un poco retraído. De vez en cuando, arriesgaba una moneda de cinco francos, que la perdía, y la pérdida me ocasionaba vivos remordimientos. Pero, en suma, estas pérdidas no me causaron gran perjuicio.

En cambio, el desgraciado Larcier tenía un verdadero temperamento de jugador. Una noche perdió más de quinientos francos. Como su pariente le había adelantado algo más de lo que acreditaba, no se

La historia fué propalada con cierta perfidia por un sargento del activo, á quien se la había contado un reservista. El capitán Halbán, que mandaba nuestro escuadrón, hizo comparecer á Larcier en la oficina y le dió una gran repulsa, con la satisfacción solapada del jefe Audibert, que detestaba particularmente á Larcier. A éste le afectaron mucho las reconvencciones que hicieron en él cierto sentimiento de rebeldía. Ordinariamente, era un muchacho bastante sumiso. Pero es de creer que su pérdida en el juego le había puesto de muy mal humor. Hablaba del capitán con viva irritación, y, por primera vez, se exasperó de la actitud de los sargentos, que, hasta entonces, le había dejado tan indiferente.

Por fin se dijo: «Esta lección me habrá costado quinientos francos y no volveré á jugar. ¡Ni más ni menos!»

Aquella noche, paseándonos por las calles de la ciudad, después de haber esperado largo tiempo que yo le hallase instalado en el hotel en que mi amigo de París se hallaba instalado, Larcier se decidió á decirme hipócritamente:

—Quizá no está bien que no volvamos, so pretexto de que perdí.

Yo acabé por ceder, por debilidad. Llegamos al cuarto de los reservistas. El bacará había ya empezado. Él miró la partida con apatía y indiferencia.

Le preguntaron por qué no jugaba, y contestó, con una franqueza un poco forzada, que había perdido ya demasiado y que sus medios no le permitían jugar á aquel juego.

—Además, añadió, no llevo encima con que pagar.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la Société des gens de lettres y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Aun cuando perdiese una suma poco importante, de mil ó dos mil francos, no podría satisfacerla en veinticuatro horas, pues necesitaría más tiempo para obtenerlos de mi viejo pariente... Prefiero, concluyó diciendo, aunque sin gran convicción, no buscarme todos esos quebraderos de cabeza.

Los demás insistieron:

—No tiene usted necesidad de pagarnos en seguida; hemos de pasar aquí veintiocho días... Faltan aún tres semanas antes de que nos separemos.

Me cogió aparte y me dijo:

—Escucha, Ferrat; voy á jugar simplemente para recuperar los quinientos francos que me prestaste...

—Amigo mío, hazme el favor de no hablarme de eso. Déjame tranquilo. Esos quinientos francos, no tengo necesidad de devolvérselos á nadie. Me los devolverás dentro de un año, ó dos... No necesito ese dinero... No quiero que vuelvas á jugar por causa mía; vas á hundirte más.

—No, amigo; anoche tuve una mala suerte inaudita; no la tendré esta noche... No es posible... Estoy de suerte; siento que estoy de suerte... Tengo la impresión de que voy á ganar todo lo que quiera.

Comprendí que no había más remedio que dejarlo hacer; que aquella pasión se había apoderado de él, y que no escucharía ninguna observación.

Sentóse á la mesa de juego, y, cuando regresamos al cuartel, á las tres de la madrugada, había perdido cerca de cinco mil francos.

Nos paseábamos en silencio por el patio del cuartel, pues Larcier no podía decidirse á subir á su dormitorio.

Por fin me dijo:

—Ya comprenderás que no quiero aprovechar el plazo que me han concedido; tanto más cuanto que al terminar la partida, no me han repetido lo que me habían dicho antes del juego: que tenía tiempo para pagarles; que estábamos entre camaradas... No son malos chicos, añadió, pero comprendo que no les gustaría que yo tardase en satisfacer mi deuda... ¡Oh, lo vi muy claro!

Yo opinaba lo mismo. Yo hubiera querido que, en el momento de separarse, uno de los que habían ganado hubiese dicho á ese pobre Larcier algunas palabras benévolas, pero todos parecían tener los labios atornillados.

A fin de no alocarlo, le oculté mi impresión; le dije que aquellos jóvenes me habían parecido muy deseados de no ocasionarle ningún disgusto...

—No, no, repitió él, no puedo hacerles esperar. Son las cuatro; voy á procurar dormir algunas horas y luego iré hoy mismo á Toul, para ver á mi viejo tutor. Será preciso que me dé dinero. Lo importante, para mí, es que mamá no se entere de nada. Le ocasionaría un disgusto demasiado grande...

—Entonces, le dije, ¿vas á pedir permiso para ir á Toul?

—No, no pediré permiso. Tendría que dar explicaciones al capitán; si no le digo exactamente lo que pasa, quizá me lo negará, y, después de la algarada del otro día, no quiero confesarle nada.

Estaba desconocido. Hablaba como un hombre desorientado. El juego lo había cambiado por completo. ¡Antes era un muchacho tan ordenado, y tan estricto en cuestión de disciplina! Un ser ardiente que vivía en él, sin sospecharlo, había surgido bruscamente. Hasta su manera de hablar se había modificado. Era más resuelto que antes, más obstinado...

Causa una impresión dolorosa ver transformarse así, de una manera brusca é imprevista, á un hombre á quien se profesa verdadera amistad y á quien se creía conocer á fondo! Ese cambio atropella nuestras ideas, y repercute dolorosamente en nuestros sentimientos.

Le acompañé á la estación á cosa de las tres de la tarde; por la mañana había habido una revista y le había sido imposible salir del cuartel. Llegaría á Toul á la hora de comer. En suma, gracias á la complacencia del ayudante de semana, podía muy bien ausentarse hasta la mañana siguiente, con tal de estar de regreso para el adiestramiento de los caballos, que empezaba á las once, pues hasta entonces seguramente, nadie preguntaría por él. Si el oficial de semana le buscara para la limpia de la tarde ó para la de la mañana siguiente, se inventaría cualquier historia: que tenía dolor de cabeza ó que había tenido que subir á su dormitorio. Cuando un sargento invoca una excusa de este género, no se le hace la injuria de no creerlo ni se le exige que vaya á la visita del médico.

Era pues fácil ocultar hasta el día siguiente la ausencia de Larcier. Sin embargo, yo no estaba tranquilo, al acompañarlo á la estación... Seguramente estaba yo más inquieto que él. Él no pensaba más que en la enojosa explicación que sería necesario tener con su pariente.

—El tío Bonnel, le llamo tío, aunque sólo somos

primos, mi tío Bonnel es un viejo original, muy firme y muy autoritario. Nunca me atrevería á decir de sopetón que he perdido dinero en el juego. Le reclamaré la cuenta de la tutoría, que tenía obligación de presentarme hace ya meses... Tengo cerca de veintidós años, ya lo sabes; ingresé en filas á los diez y nueve y voy á cumplir tres de servicio...

—¿Cómo es que todavía no ha presentado las cuentas en cuestión?

—¡Oh!, porque está persuadido de que el dinero está mejor en sus manos que en las mías... Siempre tiene trazas de no tomarme en serio. Tiene miedo de que disipemos nuestra pequeña fortuna, de que yo haga malas especulaciones... Se lo ha dicho muchas veces á mi madre, que parece pensar del mismo modo. ¡No porque ella desconfíe de mí! ¡Oh, pobre mamá! ¡Si supiese que juego, quedaría estupefacta, y terriblemente afligida! Cree que soy un muchacho juicioso y ordenado; sin embargo, me considera algo joven y tiene una gran confianza en el tío Bonnel.

En aquel momento, el tren llegaba á la estación. Estreché la mano á Larcier. Aún le estoy viendo subir al coche; era alto y flaco y vestía el uniforme con marcial elegancia. En nuestro regimiento los sargentos se permitían cierto capricho en el corte de la ropa. El coronel no era muy rígido.

Yo vi alejarse el tren. Larcier, asomado á la ventanilla, movía la cabeza en señal de adiós. Iba preocupado, pero se esforzaba en sonreírme. Al irme de la estación, yo pensaba que era una tontería el afligirme, que él lograría sus cinco mil francos y que saldría del paso con una escena un poco dura con su tutor.

En aquel momento, no tenía yo mucha inquietud, pero sí remordimientos por haberle hecho perder una suma tan importante. Yo me decía que era yo el que le había puesto en relación con aquellos reservistas.

Volví al cuartel para la limpia de la tarde. En el patio, varios sargentos me llamaron. Ya sabían que á Larcier le habían dado una paliza en el juego. Sin embargo, se había convenido entre los jugadores que no lo dirían á nadie, á causa de la importancia de la pérdida. Pues precisamente por esto se habló del caso. Aquellos jóvenes se complacieron en referir que habían jugado gordo, y compadecían al pobre Larcier.

—Por mi parte yo le gano dos mil francos, y esto no me proporciona satisfacción ninguna, decía un cabo de reserva, un empleado del Crédit Foncier, que ya proyectaba solapadamente la compra de una *voiturette* con la ganancia.

El cabo de escuadra Raoul, del tercer escuadrón, decía, sin dirigirse á mí, cosas que me estaban evidentemente destinadas. Era un hombrecito rubio, con lentes, que hablaba con voz suave, sin despegar apenas los labios. Un voluntario le había puesto por mote: «Tenacillas de azúcar.»

—Yo me explico que se hagan locuras en el juego cuando se dispone de medios. Larcier no me inspira el menor interés. Jugó porque estaba persuadido de que ganaría. Se encontró en presencia de jóvenes de París que tenían *guita*, y quiso aprovecharse...

—No creo que eso sea exacto, contesté, conteniéndome. Larcier nada necesitaba; no ambicionaba dinero. Jugó desde luego para divertirse; perdió y después se desbocó por recuperar lo perdido...

El cabo contestó con un simple gesto de duda cortés y algo insolente. Después de lo cual se puso á hablar atentamente con otro sargento, con la intención muy marcada de no continuar la conversación conmigo.

Fuíme, nervioso, al patio, donde los hombres de mi pelotón habían empezado la limpia de los caballos. Me paseaba por las galerías. A medida que pasaba por delante de los soldados, éstos, indolentes, se apresuraban á cepillar las bestias, pero yo les prestaba poca atención.

De pronto, me encontré frente á frente con el oficial de semana, el teniente Richín de Roisín, que me llamó.

—Y bien, Ferrat, ¿qué es eso que cuentan de Larcier? ¿Parece que le ha sucedido algo muy desagradable?

—Mi teniente, ¿usted sabe?..

—Sí, Raynaud me lo ha dicho.

El cabo Raynaud tenía alguna amistad con el teniente Roisín. Eran del mismo pueblo y se habían tuteado en la juventud.

Vi claramente lo que había pasado. Los sargentos no se hubieran atrevido nunca á referir abiertamente el hecho á los oficiales, pero sabían muy bien que Raynaud se lo contaría familiarmente, como entre camaradas, al teniente y que éste enteraría á los jefes superiores.

El teniente Roisín me hizo desde luego un curso de moral sobre los peligros del juego; después me

preguntó detalles sobre la partida, y empezó, él mismo, á contarme historias de bacará, con tanta pasión que se olvidó de enviar los caballos al abrevadero. Tocaron á rancho. Todos los caballos de los demás pelotones ya estaban en las cuadras comiendo el pienso. Y nuestros hombres, asombrados de tan larga conferencia, seguían cepillando sus monturas. Los más cercanos no podían más con el trabajo que les imponía la fatigosa proximidad del teniente.

Aquella noche, evité el ir á comer á la cantina. Fuíme á un restaurán donde estaba seguro de encontrarme solo. Pero, á las nueve, tuve que retirarme al cuartel para la lista de mi pelotón, tanto más cuanto que, en ausencia de Larcier quería pasar también lista al pelotón del lado.

Después de las nueve, los sargentos que no salían —y aquella noche, por no haber función en el teatro, eran numerosos,—los cabos de escuadra y los surlieles se fueron á la cantina, donde se estuvieron de charla, cerca del mostrador, hasta la retreta.

Uno de ellos, probablemente delegado por el grupo, me invitó á ir con ellos. Deseaba «verme.» Por una especie de bravata, acepté su invitación, y pasé una hora en compañía de ellos. Me hablaban de Larcier con fingida compasión. Pero yo les veía á todos unidos contra él y contra mí. Quizá, si yo hubiese pasado la velada con uno solo, hubiera despertado en él un poco de simpatía verdadera y hubiera vencido su predisposición sistemática al rencor y al odio. Pero yo sabía muy bien que no haría mella en semejante núcleo de malevolencias. Aborrecían francamente á Larcier. Aquella historia les vengaba. Era como un beneficio que les enviaba el destino y al que no tenían la generosidad de renunciar.

En mi dormitorio, yo estaba más tranquilo. Era un cuarto con tres camas en que yo tenía por compañeros á Larcier y otro sargento que trabajaba en la oficina del mayor. Este último era un muchacho distraído, que se rozaba poco con los demás sargentos. Pasaba por un bruto, porque se divertía á su manera. Ocupábase constantemente en estadísticas, era entusiasta por la geografía y formaba siempre listas de ciudades. Nunca ha podido saberse si aquello servía para algo. Pero se entregaba á dicho trabajo en cuerpo y alma, y traía paquetitos de libros que el papelero le hacía venir de París.

No nos aveníamos mal, pero apenas nos decíamos buenos días ó buenas noches, un movimiento de cabeza al entrar y un pequeño gruñido al salir. Leonardo era, en suma, el compañero más agradable que Larcier y yo pudiésemos tener, puesto que nos correspondía uno. Por lo demás estábamos muy poco en el cuarto; íbamos á la hora de acostarnos, que era, generalmente, algo tarde y salíamos por la mañana muy temprano para no volver más que para vestirnos.

Leonardo trabajaba á veces hasta altas horas de la noche en sus estadísticas, á la luz de un pequeño quinqué con pantalla que no nos molestaba para dormir. El muchacho agradecía nuestra tolerancia. No manifestaba su gratitud, pero la adivinábamos.

Aquella noche me acosté muy cansado y tardé mucho en dormirme. Leonardo trabajó hasta muy tarde y, cuando hubo apagado su quinqué, yo permanecí largo tiempo con los ojos abiertos en la obscuridad; pero acabé por dormirme y desde aquel momento la noche pasó tan pronto, que casi en seguida oí el toque de diana, el cual me pareció aún más desgarrador que de costumbre. El día era gris, yo estaba muerto de sueño y volví á dormirme, á pesar mío, durante algunos instantes. En rigor, hubiera podido bajar más tarde, pues mi presencia en las cuadras, en el momento del servicio de las camas de los caballos, no era absolutamente necesaria; bastaba que el sargento de semana estuviese allí. Pero, después de todo, el teniente de semana, hombre de mal genio, podía extrañarse de mi ausencia, ó, lo que era más grave, de la ausencia de Larcier, y no había nadie para dar una razón que lo excusara. Sacudí la pereza y me levanté, con la cabeza pesada y el estómago mal dispuesto. Bajé á las cuadras, pero no había peligro: el oficial no estaba allí. Cuando los soldados hubieron dado el forraje y vuelto á subir á los dormitorios, entré en la cantina donde las tazas de café y rebanadas de pan estaban alineadas sobre las mesas. Yo no me sentía bien y tenía ganas de volver á acostarme, pero me dije que, si lo hacía no tendría quizá la fuerza de levantarme para la limpia de las nueve, y era necesario que yo estuviese allí á causa de Larcier.

Después de la limpia y del rancho, empezaba yo á estar nervioso. Larcier debía estar de vuelta en el cuartel á cosa de las diez y media: el tren de Toul llegaba á las diez y veinte. Comprendí que yo no tendría la paciencia de esperar aquella media hora en el cuartel; me hice dar una cepillada por un soldado y me fuí á la estación.

El tren de Toul venía con quince minutos de re-

trazo. Mi impaciencia parecía atraerlo. ¿Recuperaría algunos minutos aumentando su velocidad? Ya veía yo, de antemano, la negra locomotora aparecer en la curva trinchera próxima a la estación, como empujada por la serie de vagones, luego pararse toda la fila a lo largo del andén, abrirse con estrépito las portezuelas y destacarse en medio del gentío el pantalón encarnado de Larcier. De antemano oía mi pregunta ansiosa: «¡Y bien!, ¿traes el dinero?..»

Pero el tren no llegaba, y, lejos de recuperar su retraso, parecía haberlo aumentado todavía. Yo empezaba a estar muy inquieto, pues si llegaba a las once menos veinte, apenas tendríamos tiempo, Larcier y yo, de correr al cuartel, ponernos nuestros pantalones de montar y llegar sin mucha tardanza al picadero donde seguramente nos esperaba algún rapapolvo ó cosa peor, porque el oficial nos esperaba rabioso, golpeándose la bota con su *stick*...

Las diez y treinta y siete..., las diez y treinta y ocho..., las diez y treinta y nueve... Una especie de campana quejumbrosa y cantante anuncia el tren de Toul. Momentos después, se oye un gran rugido..., y aparece el tren. Pero he aquí que para, no se sabe por qué, sin entrar en la estación. En el tren de Toul, los viajeros se asoman en las portezuelas, pero no diviso el kepis de Larcier. ¡Esto es de mal augurio!.. Sabe que el tren llega con retraso, debe impacientarse y temer llegar tarde al picadero. ¿Cómo no asoma a la portezuela su cabeza inquieta? ¿No vendrá en el tren?

Yo estaba cada vez más nervioso. Por fin la locomotora reanudó su marcha y el tren entró en la estación. Yo me había subido en un banco para ver mejor, en medio del gentío, el uniforme de Larcier, pero no bajaron más que viajeros vestidos de negro, de gris ó de azul... De pronto, á un extremo, una visión encarnada me devolvió la esperanza; pero era un soldado de infantería, que bajaba pesadamente de un coche.

Larcier no parecía. ¿Qué pasaba?

Pero yo no podía perder el tiempo en preguntármelo. Corrí hacia el cuartel, con la cabeza algo confusa. No sabía qué iba á decir para excusar la ausencia de mi amigo... Siempre me quedaría el recurso de decir que estaba enfermo.

Cambié rápidamente de uniforme y bajé al picadero, donde varios hombres habían traído caballos jóvenes ensillados. El oficial, como yo suponía, esperaba con impaciencia, paseándose por delante de los caballos. Los sargentos y cabos encargados del adiestramiento estaban ya en su puesto; sólo faltábamos Larcier y yo. Fuí en derechura al oficial y le dije que mi camarada estaba indispuerto. Él se encogió de hombros y contestó:

—No es mala enfermedad la suya., Necesita cuidarse...

Volvíeron á meter en la cuadra el caballo de Larcier. Nosotros montamos á caballo y entramos en el picadero.

Yo iba á la cabeza, cabalgando sobre «Calomel», un cuadrúpedo bastante dócil, acostumbrado á mi manera indolente de montar, que se sorprendió y coceó un poco más aquel día, al sentirse apretado entre mis piernas de un modo más nervioso y más hostigado. Yo me acarree algunas observaciones por estorbar en sus vueltas la fila de mis compañeros. Afortunadamente, una media vuelta individual, invirtiendo el orden de los jinetes, hizo que me encontrase á la cola de la fila. Desde aquel momento cesé de querer imponer mi voluntad á *Calomel*, que, ya sumiso á su precoz espíritu de sujeción, imitivamente á sus compañeros de picadero en sus ejercicios sucesivos. Yo pensaba en lo que haría después de almorzar. Seguramente me iría á Toul.. Al apearme del caballo, previne al cabo que yo no estaría allí para la limpia de las caballerías, y tomé el tren de las tres, después de haberme paseado algún tiempo por la ciudad y de haber esperado, sin grande esperanza, en la estación, un tren ómnibus que llegaba de Toul á la una y cuarenta y cinco y en el cual mi amigo podía regresar.

Yo sabía dónde vivía el tutor de Larcier, por haber estado un domingo en que fuí con mi camarada á Toul con el objeto de pasearnos. Verdad es que me quedé á la puerta, delante de la verja del jardín; pero vi al viejo que salió á despedir á Larcier; como, en aquel momento, me encontraba yo á quinientos ó veinte pasos de distancia, no le fuí presentado.

La finquita del Sr. Bonnel estaba situada en las cercanías de Toul, á quinientos pasos de la estación, en un pequeño grupo de casas rodeadas de jardincitos. Tomé el camino que conducía á aquella especie de aldea; era un camino bordeado de árboles; de trecho en trecho se pasaba por delante de una fábrica ó de un corral de madera; alrededor todo eran campos. La casa Bonnel no se veía de lejos; estaba

situada á un centenar de pasos de un recodo del camino. Yo estaba impaciente por llegar, y á pesar de que ordinariamente me causa cortedad el ir á casa de gentes que no conozco, aquel día no experimentaba ninguna especie de embarazo, de tal manera me impulsaba el amistoso afán de saber qué había sido de Larcier.

Pero antes de llegar al recodo del camino, me crucé con dos obreros que hablaban, y oí esta frase:

—La cosa pasó á eso de las dos de la madrugada... Hace ya rató que él debe estar en Bélgica ó en Alemania. No le cogerán fácilmente...

Yo me preguntaba qué quería decir aquello y, presa de cierta inquietud, me detuve bruscamente, antes de doblar el recodo del camino, como si tuviese miedo de lo que iba á ver en la parte del mismo que aun se ocultaba á mis ojos.

Volví á ponerme en marcha con esfuerzo, con fatiga en las piernas y, doblado el ángulo, vi unas cincuenta personas paradas delante de casa Bonnel.

Apenas tuve fuerza para llegar hasta allí. ¡Tenía tanto miedo de ver confirmado lo que adivinaba! No avancé sino para seguir el movimiento empezado, y me mezclé con el gentío agrupado delante de la verja. Algunos de los curiosos que allí había me miraron, y uno de ellos notó en mi levita el número de mi regimiento. Dirigiéndose á un señor anciano que se encontraba en la puerta, le dijo:

—Señor comisario, aquí está precisamente un sargento del mismo regimiento.

El comisario, cuyo rostro medio desaparecía bajo una barba gris, y que tenía encima de los ojos dos espigas amenazadoras, me miró durante algunos segundos y me preguntó:

—¿Conoce usted á Larcier?

—Sí, señor, contesté con voz débil, le conozco; pero ¿qué ha pasado? Acabo de llegar á Toul y no estoy al corriente de nada...

—Pues ha pasado que su camarada de usted ha matado á su primo... Pero tengo que pedir á usted algunos informes; entre conmigo en la casa.

Entramos juntos en el comedor. Era una casita tranquila.

El comisario se instaló en un ángulo de la mesa de encina y sacó papeles del bolsillo, después de haber hecho señá á su secretario para que se acercase á nosotros. Me contó que había telefonado á nuestro punto de guarnición..., que el coronel había confirmado la ausencia del sargento Larcier del cuartel..., que ya sabía que mi desdichado amigo había perdido dinero en el juego y que había sido fácil reconstituir la escena violenta que había pasado entre él y su tutor. Habían encontrado en el despacho del Sr. Bonnel rastros de sangre; lavado el suelo de madera; abierta la caja de caudales, con las llaves en la cerradura. El viejo debió recibir el primer golpe luego de haber abierto la caja. Las diligencias practicadas para descubrir el cadáver habían sido vanas hasta entonces. Lo único que se había encontrado era la ropa del asesino: su uniforme de sargento de dragones hecho un lío y tirado detrás de una mojonera, en un rincón del jardín. El asesino debió ponerse en la casa un traje de paisano, á fin de no llamar la atención con su uniforme.

Tal fué, al menos, la primera hipótesis que acudió al espíritu. Pero luego se adhirió á otra; no era por esta razón por la que Larcier se había quitado el uniforme; era probablemente porque estaba lleno de sangre. La levita y el pantalón habían sido cuidadosamente lavados para hacer desaparecer las manchas, pero era probable que Larcier renunciara á ponérselos porque estaban demasiado mojados, y se había vestido con ropa de su tutor, que era á poca diferencia de su estatura. Pero ¿dónde había desaparecido el cadáver del infeliz Bonnel? Esto es lo que el comisario no había podido descubrir todavía. Se había examinado detenidamente el suelo del jardín... La tierra—dura por todas partes—no había sido removida.

El comisario me suplicó que permaneciese veinticuatro horas en Toul, á fin de ilustrar á la justicia, á cuyo efecto iba á pedir por teléfono permiso al coronel de mi regimiento.

Yo me alegré de no volver en seguida al cuartel, donde el espantoso drama debía ser odiosamente comentado por los enemigos de Larcier; pero lo que dominaba en mí era el deseo de encontrar al asesino para hablarle, para saber de sus labios cómo se había cometido el crimen. Me era imposible creer que Larcier hubiese podido asesinar á aquel hombre... No podía tener el propósito de matarlo... ¿Era siquiera capaz de uno de esos homicidios casi involuntarios que los impulsivos pueden cometer?

Yo había notado un cambio en el carácter de Larcier desde que él había empezado á jugar; pero ¿aque-

lla modificación era suficiente para haber hecho de mi amigo un homicida? Yo estaba persuadido de que se había producido algún accidente. En el curso de una discusión violenta, el viejo quizá se cayó, matándose en su caída..., y Larcier hizo desaparecer el cadáver, por temor de ser acusado de un homicidio...

Así se había desarrollado el drama, indudablemente. Sin embargo, no estaba seguro de ello. Invadíame una duda horrible: y, sin embargo, ¡si Larcier hubiese sido capaz de matarlo!.. Para librarme de esta fantástica idea hubiese querido ver á mi amigo y obtener de él el relato de la trágica aventura...

Estas reflexiones que me hacía á mí mismo, se las hice también al comisario. Pero me escuchó distraídamente; por otra parte, intimidado yo por mi incredulidad, no le hablaba con bastante vehemencia. Yo me daba exacta cuenta de esto. A menudo tengo la buena voluntad de defender á mis amigos, pero carezco de autoridad natural y de empuje. La gente parece escucharme, en tal caso, con una indulgencia superior, como queriendo decir: «Hace usted bien en defender á su amigo; eso habla mucho en favor de usted, pero no le creemos; esa misma amistad le hace á usted sospechoso.»

Para el comisario de policía, la cosa era muy clara: Larcier había perdido una importante cantidad en el juego; había venido á pedir dinero á su tutor, y, como éste se negaría á dárselo, le mató. El magistrado estaba tan persuadido de que Larcier era el autor del crimen, que no parecía tener gran prisa por echar el guante al asesino. Se sabía quién era; ya se le cogería.

Yo no podía comprender por qué no se ponía inmediatamente en su persecución, y, puesto que la justicia era tan lenta para apoderarse de Larcier, resolví descubrir yo mismo las huellas de mi amigo y de alcanzarle cuanto antes á fin de tener con él la explicación necesaria. En el momento en que el comisario hablaba por teléfono con mi coronel, le rogué que pidiese para mí una licencia algo más larga, pues estaba seguro de encontrar á Larcier y presentarlo á la justicia...

El comisario apoyó mi petición, no porque desease mucho mi auxilio ni creyese enormemente en la eficacia de mis investigaciones, sino por complacencia, porque pensó que yo deseaba tener algunos días de asueto y me valía de aquel pretexto para perder de vista el cuartel durante un par de semanas. No me tomé el trabajo de combatir aquella opinión injuriosa. Lo importante era que el coronel consintiese en concederme quince días de libertad.

Sin embargo, decidí regresar aquella noche al cuartel, en busca de ropa, pues había partido con lo puesto. Además, al volver á nuestro punto de guarnición, llevaba yo mi proyecto.

Yo sabía que Larcier tenía una amiga. Me había hablado poco de ella, pues por discreción, por una especie de pudor sentimental, no le gustaba hablar de sus amores, ni siquiera á sus amigos más íntimos. La amiga de Roberto era mujer joven, que había enviudado hacía poco. Yo sabía que entre Larcier y ella no había pasado nada de decisivo, pero Larcier quererse mucho y creo que Larcier había formado el proyecto de casarse con ella. No vivía en la misma ciudad que nosotros, sino en el pueblecito de Saint-Renaud, que distaba de ésta una media hora. Allí iba Larcier, de noche, una ó dos veces por semana. Los domingos, no podía ver á su amiga, á causa de toda la familia que se reunía en su casa.

Después de haber pasado la noche en el cuartel, partí por la mañana muy temprano. Yo no había visto en el cuartel mismo sino á mi compañero de cuartel, el sargento estadista que me había pedido algunos informes sobre lo de Larcier, que los había escuchado pensativo, y que había continuado sus trabajos inútiles meneando la cabeza, sin poderme explicar lo que aquel gesto quería decir.

Salí, pues, del cuartel por la mañana, al toque de diana. El único de mis camaradas que podía encontrar á aquellas horas era el sargento de guardia, que se hallaba á la puerta de la calle. Pasé rápidamente por su lado, saludándolo con un movimiento de cabeza y con el ademán de quien no desea entablar conversación. Yo sabía cuál era el estado de espíritu de todos ellos, con qué aire de falsa compasión me hablarían, y que estaban dispuestos á ser amables conmigo, ahora que el destino les había dado la ferroz satisfacción de poder considerar á mi desdichado amigo como un criminal infame.

Me alejaba del cuartel á grandes pasos, cuando el oficial de semana me llamó.

—Mi teniente, le dije, voy con licencia.

—¡Ah!, exclamó simplemente.

(Se continuará.)

D. JOSÉ BATLLE Y ORDÓÑEZ, ELECTO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY EL 1.º DE MARZO DE 1911

Nació el Sr. Batlle y Ordóñez, el año 1856, en la ciudad de Montevideo, donde, durante su primera mocedad, estudió ciencias y letras con verdadero aprovechamiento intelectual. Luego, antes de iniciarse en las luchas de la política activa, recorrió varios países de Europa, donde frecuentando cátedras, bibliotecas y museos, amplió con una valiosísima ilustración sus horizontes mentales. Dos años duró ese peregrinaje de buscador del Ideal, y terminada esa noble y luminosa correría, vuelto ya al seno de la patria, se incorporó a las filas del periodismo montevidiano.

En el año 1875 un motín cuartelero dió un vuelco absoluto a la situación política del Uruguay. Ese motín, que derrocó a un gobierno honesto, provocó la indignación del pueblo. Con un oportunismo heroico el Sr. Batlle fué el apóstol del odio civil y predicó la reacción contra aquel golpe de Estado.

El año 1881 fué para la República Oriental un año trágico. El diario *La Razón*, que se editaba en Montevideo, fué asaltado y en la defensa del diario hubo víctimas. Al día siguiente el Sr. Batlle y Ordóñez asumió la dirección del periódico y tras la sangre vertida llamearon de nuevo las lenguas de fuego. *La Razón*, en las manos del señor Batlle, se batía contra el adversario rápida, volcánica, incansable, a fogonazos de ideas. Entonces se moldeó en formas superiores el valor del periodista.

El pueblo, en 1886, apela al recurso supremo: a la protesta armada. Y la Revolución, ese mismo año, termina cañoneada en los Palmares del Quebracho y cuenta entre los vencidos al Sr. Batlle.

Recobrada su libertad, el Sr. Batlle reingresa en la vida activa del periodismo, y en comunión de ideales con algunos ciudadanos prestigiosos, organiza la empresa de *El Día*, diario de vastísima popularidad y portavoz de las grandes causas nacionales. Ni las amenazas, ni las prisiones, ni los atentados criminales maniobrados contra su persona, ni aun las persecuciones de que fué objeto su venerable padre, amainaron el ímpetu del batallador.

Años después, el hoy teniente general D. Máximo Tajes corrigió la situación política del país al suceder en la presidencia al general D. Máximo Santos. Se

Como una de las benéficas resultancias de esa nueva política, el Sr. Batlle, en su carácter de delegado del Poder Ejecutivo, ejerció en el departamen-



D. José Batlle y Ordóñez,
elegido presidente de la República Oriental del Uruguay
para el período de 1911 a 1915

to de Minas la jefatura de esa importante zona de la República. En ese puesto evidenció un admirable respeto a la libertad y una honradez escrupulosa en el manejo de los dineros públicos.

Posteriormente la personalidad política del doctor D. Julio Herrera y Obes encontró en el Sr. Batlle uno de sus propagandistas más eficaces. Proclamado el Dr. Herrera y Obes candidato a la presidencia de la República, reapareció en su segunda época el diario *El Día*, desde cuyas columnas el Sr. Batlle sos-

la revancha obtenida contra el motín del año 1878.

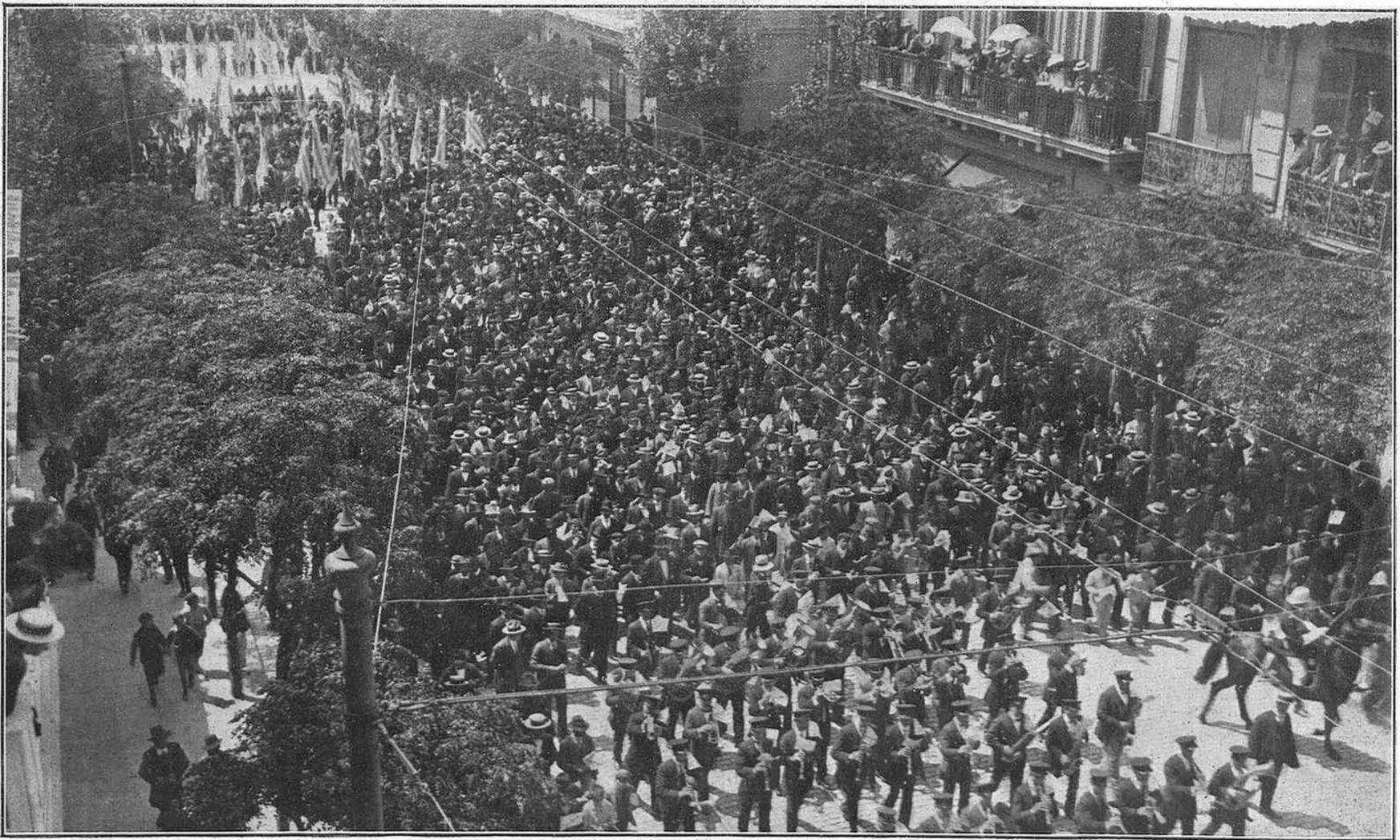
A la administración del Dr. Herrera y Obes le sucedió la administración del Sr. Idiarte Borda. Este ciudadano fué una personalidad incolora, sin arraigo en el entusiasmo público. El Sr. Batlle fué el motor principalísimo de la oposición a ese mandatario, y *El Día* y *La Razón* fueron los diarios que culminaron en esa oposición.

Al Sr. Idiarte Borda le siguió en el poder el señor Juan Lindolfo Cuestas, que inició una reacción violenta contra el espíritu y obras de su antecesor. En esa reacción el tribuno principal, el periodista más avanzado y prestigioso y el caudillo de la opinión tempestuosa fué el Sr. Batlle, que sucesivamente desempeñó los puestos de miembro del Consejo de Notables, vicepresidente y presidente provisorio del Estado.

Al retirarse de la presidencia el Sr. Cuestas, durante cuyo gobierno surgió la guerra civil más sangrienta que haya soportado el Uruguay en los últimos decenios de vida constitucional, subió al poder el Sr. Batlle. El nuevo mandatario sufrió de inmediato la explosión de las anomalías organizadas por su antecesor. El año 1904 el territorio de la República fué el escenario del gran duelo a muerte entre el partido Colorado, el partido del Gobierno y el partido Blanco, su adversario tradicional, duelo que terminó con la derrota de este último en la batalla decisiva de Masoller.

Serenado el país, el Sr. Batlle dió enormes impulsos a la industria; regularizó la vida obrera; renovó la legislación nacional; abordó y resolvió problemas jurídicos dignos del más elevado encomio, y al descender de su sitial de gobernante, dejando un sobrante de millones en las arcas del Estado, todo un pueblo, en colosal manifestación, lo vitoreó en las calles de Montevideo y manifestó el deseo de que tan ilustre ciudadano volviera a ocupar nuevamente la presidencia de la República.

Y ese deseo acaba de cumplirse. Después de cuatro años de estadía en Europa, donde recibió el homenaje de gobiernos y asociaciones importantísimas, el Sr. Batlle y Ordóñez ha vuelto a ocupar la presidencia de su país. Su programa augural fué una exposición de altos ideales y de honradas y robustas convicciones. El pueblo, en un extraordinario mitin,



Montevideo.—Mitin realizado en 19 de febrero último en homenaje al Sr. Batlle y Ordóñez con motivo de su elección para la presidencia de la República durante el período de 1911 a 1915. (De fotografía de Damonte y Buscasso, remitida por nuestros corresponsales Sres. Bertrán y Castro.)

acogió a un noble deseo de tranquilización nacional; depuró la administración y solicitó y obtuvo el concurso de los más ardientes adversarios de su antecesor.

tuvo la candidatura de aquél, no sólo por la tradición cívica del Dr. Herrera y Obes, sino también porque su triunfo implicaba el triunfo del civilismo;

saludó a su caudillo, y en la nación entera se siente el bienestar de las grandes y lógicas esperanzas.

GUZMÁN PAPINI.

RAID HÍPICO ORGANIZADO POR «LE MATIN»

El periódico parisiense *Le Matin* organizó recientemente un *raid* hípico para oficiales de la reserva y del ejército territorial de Francia.

Más de cien jinetes tomaron parte en la prueba, que comenzó el día 15 de marzo último, habiendo salido aquellos por grupos de las cuatro ciudades señaladas como puntos de partida, á saber: Saint-Omer, Nancy, Brive y Rennes.

El tiempo se mostró poco propicio, pudiendo decirse que apenas cesó de llover durante las seis etapas que hubieron de efectuar los concurrentes á la prueba; á pesar de esto y del consiguiente mal estado de los caminos, el *raid* se llevó á cabo con toda regularidad en los cuatro sectores y el día 22 se concentraron todos los jinetes en Etampes, en donde fueron obsequiados por el Ayuntamiento con una brillante recepción á la que asistieron el subprefecto y el general Bridoux en representación del ministro de la Guerra.

El día 23 terminó la prueba en Bagatelle, en las inmediaciones de París. En el sitio reservado al control estaban el general Michel, vicepresidente del Consejo superior de la Guerra; el general Maunoury, gobernador militar de París; el general Dubois, organizador del *raid*, y muchos jefes y oficiales. A las doce menos cuarto llegaron los primeros jinetes, á los que seguían los demás hasta el número de noventa y siete, siendo los vencedores vivamente felicitados.]

Aquella noche el grupo parlamentario del ejército obsequió con una recepción en los salones del Círculo Militar á los oficiales que habían tomado parte en el *raid*.

Al día siguiente, procedióse en el Grand Palais, en donde actualmente se celebra el concurso hípico, á la distribución de premios. El ministro de la Guerra, acompañado de un brillante Estado Mayor, ocupó la tribuna del comité y del jurado, junto con los miembros del comité de la Sociedad Hípica y el Sr. Buneau-Varilla, director de

Le Matin. Los jinetes se situaron delante de la tribuna y después de proclamados los nombres de los diez vencedores, efectuaron un brillante desfile.



El teniente Villegaret, del 20.º regimiento de dragones, que llegó primero á París en el raid hípico organizado por «Le Matin.» (De fotografía de Branger.)



La reina de las reinas de los mercados de París, señorita Juana Queru, y sus doncellas de honor. (De fotografía de Branger.)

PARÍS.—LA «MI-CAREME»

Con un tiempo espléndido celebróse en París, el día 23 de marzo último, la fiesta tradicional de la *Mi-Careme*. El cortejo se organizó en la plaza de Clichy y desfiló por las principales vías de la ciudad, por el orden siguiente: un pelotón de guardias republicanos; varios landós adornados con flores en los que iban las reinas de los diferentes mercados; los carros del Enigma, de las Flores, escoltado por jinetes romanos; el de las Artes; el de la Poesía, reconstrucción del templo de Calíope y de Erato; de la Escultura, en el que se veía á Galatea tendiendo los brazos á Pygmalión; el de la Pintura, de estilo Watteau; el de la Música, con los usuales atributos; el de la Danza, y por último el de la reina

de las reinas, pórtico florido en el que aparecía sentada en un trono y cubierta con el suntuoso manto de las armas de la ciudad, la bellísima señorita Queru, acompañada de sus doncellas de honor y á la cual el pastor Paris ofrecía la manzana destinada á premiar la hermosura.

En todo el trayecto, la reina fué aclamada con entusiasmo por la multitud que llenaba las calles y que también aclamó á las gentiles reinas de Praga que figuraban asimismo en la comitiva.

Después de una primera parada en las Casas Consistoriales, en donde las reinas fueron recibidas por varios individuos del Ayuntamiento, prosiguió el cortejo su marcha hasta la plaza del Chatelet; allí se le juntó la cabalgata de los estudiantes que en número de cuatrocientos iban escoltados por el barrio latino. Por los Campos Elíseos y la avenida de Marigny la comitiva se encaminó al Eliseo, en donde el Sr. Ramondou, secretario general de la presidencia, entregó á la reina el brazalete tradicional, dirigiéndose luego á los bulevares.

Terminada la fiesta, durante la cual el dirigible *Torres* y un aeroplano hicieron evoluciones sobre la ciudad, las reinas fueron á visitar al prefecto de policía Sr. Lepine.—T.

CITRATO EFERVESCENTE "KING"
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
 SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO
 Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13, Barcelona

APIOLINA CHAPOTEAUT

Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas.

PARIS, 8, Rue Violente y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único Inalterable.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

«NATOMA» LA PRIMERA ÓPERA NORTEAMERICANA CANTADA EN LOS ESTADOS UNIDOS



Mario San Marco en el papel de Juan Alvarado de la ópera «Natoma»

Lilián Grenville en el papel de Bárbara, y Mary Garden en el de Natoma

(De fotografías de Pablo Thompson, de Nueva York, comunicadas por Carlos Abeniagar.)

Los norteamericanos han querido tener su ópera y lo han conseguido, como consigue aquel pueblo sin igual todo cuanto se propone. Hasta ahora, sin embargo, cuando habían pretendido tener arte habíanse visto obligados á recurrir á Europa: para sus museos, adquiriendo á precios fabulosos cuadros y esculturas de los más famosos maestros de todos los tiempos y de todos los países; para sus teatros monopolizando, á fuerza de dólares, á los artistas más célebres del mundo y comprando, cueste lo que cueste, el privilegio de las primicias de los más afamados compositores. Nada se ha resistido al oro yanqui, y compositores, cantantes, cómicos, pinturas y estatuas han emigrado temporal ó definitivamente á la tierra en donde, después de tantos

años de no rendir culto más que al dinero, se quiere ahora, por vocación aunque tardía espontánea, según unos, y, según otros, por puro *snobismo*, conceder á las manifestaciones del espíritu toda la alta atención que se merecen. La ópera se titula *Natoma* y todo en ella es norteamericano: el libreto, de José D. Rédding, la partitura, de Víctor Hérbert, y el argumento que se desarrolla entre indios, mexicanos y yanquis. Se estrenó el día 25 de febrero último en Filadelfia y tres días después se cantó en el Metropolitano de Nueva York, en ambos teatros con éxito grandísimo. La ejecución de los principales papeles ha corrido á cargo de las señoras Lilián Grenville y Mary Garden y de los Sres. San Marco y Mac Córnick.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

HISTORIA GENERAL de FRANCIA
ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris
Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pose y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDES
B^e St-Denis, 16

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN